

Libro de lecturas

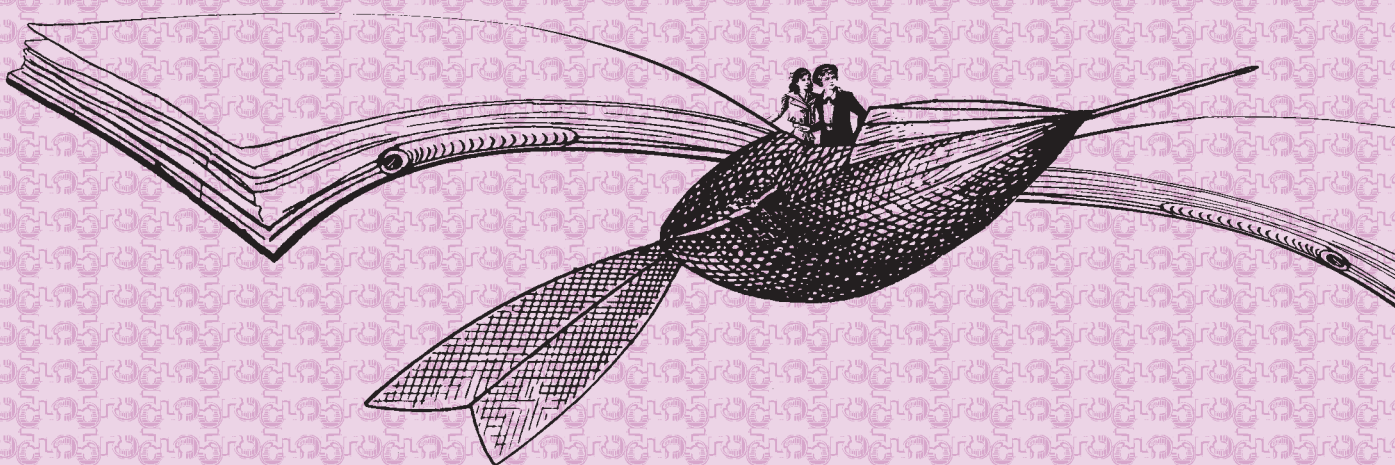
Articulación de la Educación Básica

5 grado









LIBRO DE LECTURAS

Quinto grado

Esta edición del *Libro de lecturas. Quinto grado* fue desarrollada por la Dirección General de Materiales Educativos (DGME) de la Subsecretaría de Educación Básica, Secretaría de Educación Pública.

Secretaría de Educación Pública

Alonso Lujambio Irazábal

Subsecretaría de Educación Básica

José Fernando González Sánchez

Dirección General de Materiales Educativos

María Edith Bernáldez Reyes

Coordinación técnico-pedagógica

Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos, DGME/SEP

María Cristina Martínez Mercado

Autores

Rosa Beltrán, Carmen Boullosa, Elsa Cross, Beatriz Espejo, Laura Martínez Belli, Luis Mario Moncada, Carmina Narro, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou García, Elena Poniatowska, Cristina Rivera-Garza

Coordinación editorial

Dirección Editorial, DGME/SEP
Alejandro Portilla de Buen

Cuidado editorial

Modesta García Roa

Coordinación iconográfica

Fabiola Buenrostro Nava

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Servicios editoriales (2011)

Galera Diseño

Dirección de arte

José Luis Lugo

Diseño y diagramación

Bredna Lago, José Luis Lugo

Formación

Santiago Fernández, Paloma Ibarra

Edición gráfica e ilustración

Andrea Aguilar Álvarez, Alberto Alrod, Gustavo Amézaga Heiras, Carla Brócoli, Julia Díaz, Santiago Fernández, Roberto Gutiérrez, Paloma Ibarra, Jotavé, Bredna Lago, Artemio Rodríguez

Primera edición, 2011

D.R. © Secretaría de Educación Pública, 2011
Argentina 28, Centro
06020, México, D.F.

ISBN: 978-607-469-729-2

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA



Presentación

La Subsecretaría de Educación Básica, a través de la Dirección General de Materiales Educativos, ha preparado este *Libro de lecturas* como material de apoyo para la formación de nuevos lectores y el fomento a la lectura. En este contexto, la selección de textos que integran la presente publicación responde a tres propósitos: leer para tomar decisiones, leer para disfrutar la experiencia literaria y leer para aprender.

Con el objetivo de acercar a los niños y niñas a la literatura contemporánea, aquella que se está produciendo día a día en México, hemos reunido en los libros lecturas de cuarto, quinto y sexto grados de primaria a escritores cuya trayectoria ya es parte del patrimonio cultural de México. Consideramos que su aportación, realizada ex profeso para estos libros, promueve y estimula la formación de nuevos lectores.

Asimismo, el apoyo de las familias es esencial para el desarrollo del hábito de la lectura en los niños y jóvenes, por ello las convocamos a participar con nosotros en el propósito de hacer de la práctica lectora una actividad placentera. Cabe recordar a los padres la importancia de que sus hijos sean capaces de leer correctamente desde pequeños, ya que la eficacia en la comprensión lectora está directamente relacionada con el éxito en la escuela y en el futuro profesional.

Por las razones antes mencionadas, mejorar los niveles de lectura en nuestro país debe ser una labor y un compromiso compartidos. Para alcanzar este objetivo, el libro que hoy tienen en sus manos ha sido concebido como un instrumento para impulsar la práctica de la lectura en la familia y cerrar la brecha entre el libro y el alumno.

Este *Libro de lecturas* contribuirá a que, por una parte, los alumnos lean por placer, amplíen sus conocimientos generales y fortalezcan los valores para la convivencia familiar; por la otra, a estimular la participación de los padres de familia la tarea de fomentar la competencia lectora y el progreso educativo de sus hijos.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA





A los alumnos y maestros:

A lo largo de nuestra vida, la lectura es una habilidad indispensable para el aprendizaje. Con los libros saciamos nuestra curiosidad sobre los temas que nos interesan y se nos abren las puertas a mundos llenos de imaginación y aventura.

Este libro ofrece una serie de textos que han sido seleccionados para despertar el gusto por la lectura. Conviene adelantar que la lectura, como muchas otras actividades, requiere entrenamiento y práctica, así, lo que en un principio parece complicado y de poco interés, con la práctica será diferente: se convertirán en lectores expertos, se divertirán y podrán compartir su experiencia con los demás.

La lectura es una empresa importante en la que alumnos, familia y maestros debemos trabajar. La adquisición de la fluidez lectora permitirá, por medio de la práctica y la retroalimentación constantes, desarrollar la habilidad de leer un texto de manera rápida, precisa y con la dicción adecuada, para mejorar el rendimiento académico y conseguir el éxito escolar.

Por lo anterior, es recomendable abrir un espacio de intercambio de experiencias sobre la práctica de la lectura en la escuela y en el hogar, que funcione de manera periódica (mensual, quincenal o semanal), en el que se comenten las lecturas, las dificultades que se enfrentaron y las sugerencias, generales y particulares acerca de los temas planteados en la sección “Para comentar la lectura”.

¡Ánimo y disfruten su *Libro de lecturas*!





A la familia:

Leer en familia les dará la oportunidad de practicar diversas formas de leer, propiciará un espacio de convivencia que fortalecerá significativamente el aprendizaje escolar de los alumnos. Compartir la lectura con quienes nos rodean cumple varios propósitos: buscar información, dar solución a situaciones problemáticas y conocer escenarios, ambientes y entornos, que les permitan analizar, comparar y tomar decisiones.

A continuación presentamos algunas sugerencias que pueden apoyar la práctica de la lectura en casa:

- Acordar en familia el momento del día que dedicarán a la lectura
- Elegir un lugar tranquilo, agradable y con buena iluminación.
- Seleccionar juntos la lectura.
- En el caso de los más pequeños conviene que la lectura se realice siguiendo el texto con el dedo. Esto les ayudará a relacionar la oralidad con la escritura de las palabras, es decir, reconocer que “lo que está escrito, se puede leer”.
- Comentar acerca del título a fin de anticipar el contenido del texto y platicar de lo que se sabe del tema.
- Comentar sobre las imágenes de manera que los niños puedan recrear lo que están leyendo.
- Que los niños identifiquen y nombren personajes y lugares de la historia.
- Permitirles que interrumpan la lectura y preguntarles lo que creen que sucederá a continuación.
- Propiciar que sus hijos hagan comentarios sobre la historia, que cambien algún pasaje a fin de promover la comprensión del texto y favorecer su creatividad.
- Alternar el lugar de lector, pues un buen lector se hace con la práctica.
- Al concluir la lectura, conversar acerca de lo que leyeron. En este momento es recomendable revisar con los niños o jóvenes las palabras que hayan omitido o leído de manera incorrecta.
- Recurrir a la sección “Para comentar la lectura”, pues en ella se ofrece una serie de temas y preguntas relacionadas con cada texto. Es un complemento a las sugerencias, ideas y actividades que cada acompañante de lectura proponga.

Recuerde que el maestro de su hijo lo espera en la escuela para apoyarlo.

¡Disfruten en familia la experiencia de la lectura!





Índice

- 10 **Todos los que quieres ser**
Cristina Rivera-Garza
- 16 **La máquina del tiempo**
Rosa Beltrán
- 20 **Consuelo y la muñeca de cera**
Beatriz Espejo
- 26 **El Día del Poeta**
Carmina Narro
- 28 **Los caballeros bonojitos**
Carmen Boullosa
- 34 **El día de campo**
Elsa Cross
- 42 **Noé y el diluvio**
Luis Mario Moncada
- 48 **El pasillo de las puertas cerradas**
Laura Martínez Belli
- 54 **Silvio y la importancia de jugar,
aunque no se gane**
Pedro Ángel Palou García
- 60 **El Micho**
Elsa Cross
- 66 **Una amistad virtual**
Laura Martínez Belli
- 72 **El amanecer de Andrés**
Carmina Narro
- 83 **El cucú y la tsetsé**
Ignacio Padilla
- 88 **La amiga de Frida Kahlo**
Elena Poniatowska



Todos los que quieres ser

Cristina Rivera-Garza

La primera transformación ocurrió hacia inicios de diciembre. Fue durante aquella noche en que la luna brilló mucho. Brilló demasiado. Había discutido una vez más con mi mamá sobre lo mismo: quién lavaría los trastos, quién tendería la cama, quién iría a comprar las cosas al mercado. Cuando sacó los billetes arrugados de su monedero y me pidió que fuera a comprar cebollas y tomates, le dije con toda calma que no iría.

—Estoy leyendo —le dije, como si ella no pudiera darse cuenta por sí misma. El libro era un tomo más de una serie que seguía de cerca las aventuras de una de mis heroínas favoritas: La Condesa Azul. Así llamaban a una pequeña criatura que aprovechaba su tamaño para entrar en lugares prohibidos y viajar sobre los hombros de la gente. En ese momento, La Pequeñísima entraba en la joyería donde unos ladrones mantenían secuestrados a una veintena de hombres y mujeres.

Yo estaba segura de que los salvaría, pero todavía no sabía cómo. La curiosidad se sentía como una cosquilla extraña dentro del estómago.



—Ya sé que lees, pero necesito que vayas al mercado para tener la comida lista a tiempo —insistió.

La vi entonces sin moverme siquiera.

—No voy a ir, ya te dije —en lugar de gritar, que era mi costumbre, pronuncié las palabras poco a poco, como si fuesen piedras—. Si yo fuera mi hermano no me pedirías que hiciera estas cosas.

Ella tomó el billete de mi mano y, sin decir nada más, me dio la espalda. Aunque pretendía seguir con mi lectura, en realidad la observaba. Sentí miedo. Estaba segura de que, en su camino hacia la puerta de la casa, se volvería a verme de un momento a otro para lanzarme una piedra o un hechizo o para despedirse de mí para siempre.

Ahora que ha pasado el tiempo comprendo que eso fue precisamente lo que hizo.

Fue durante la noche que pasó todo. Me fui a la cama sin cenar y sin darle las buenas noches ni a ella ni a papá, a quien ni siquiera había visto llegar de su trabajo. Mi hermano ya estaba dormido cuando encendí la lámpara para seguir leyendo. Su mundo era mucho más simple que el mío. Aunque tuviera un año más que yo, su mundo era el de un niño más pequeño. Sin responsabilidades. Sin deberes. No sé cómo explicarlo ahora. No podría. Lo diré como ocurrió: simplemente, mientras allá afuera brillaba una luna redonda y enorme, yo me convertí en mi hermano. Supe que estaba dentro de su piel cuando me di la vuelta y medio abrí los ojos sólo para verme leyendo en la cama de junto bajo la tenue luz de la lámpara.

—Ya duérmete, Lucila —dije con voz adormilada—. Apaga la luz.

Nadie pareció notar nada extraño en la mañana y yo, no sé si por temor o por asombro, no dije nada. Hacía tiempo, en otro libro, había leído la historia de un hombre que se despertaba convertido en escarabajo, así que al comprobar que tenía piernas y manos, y que mi cara en el espejo era todavía una cara humana, no pude sino agradecerlo. Cuando fui al baño y descubrí que podía orinar de pie me llené de un gusto que casi parecía vértigo. Toqué mi pelo y, cuando comprobé que era muy corto, pensé en lo fácil que sería peinarlo. Incluso me dio alegría descubrir que la pelusa que me brotaba sobre el labio superior por fin se veía adecuada sobre mi rostro. Hubo un momento en que juré que caería desmayado de un momento a otro.



—Ya sabes que debes cuidar a tu hermana, Arlo —me dijo mi madre antes de salir rumbo a la escuela, justo antes de darme la bendición. Miré de reojo a Lucila, pensando que era absurdo que me pidiera algo así, pero asentí.

¡La de cosas extrañas que no pasaron! Arlo levantaba la mano para responder a preguntas de historia o de ciencias naturales. Arlo movía el pie izquierdo cuando se aburría, de eso me di cuenta de inmediato. Arlo volteaba a ver con mucha discreción a una niña que se sentaba dos lugares atrás de él, en la fila de junto. Arlo le sonreía como al descuido, fingiendo que el encuentro de los ojos había sido una mera casualidad y no el resultado de

un plan meticulosamente fraguado. Fue por mí a la salida y me llevó, sana y salva, hasta la puerta de la casa, donde mi madre le recibió los libros y, sin preguntarle mucho, le indicó la serie de lugares a los que tendría que ir para recoger esto o lo otro.

Yo me iba a quejar, por supuesto, pero acordándome una vez más que yo era él, no lo hice. Tomé sin chistar la lista de establecimientos que visitaría y repasé los nombres de las personas a las que tendría que entregarles un pantalón, un traje, dos camisas. Así fue como supe que mi hermano, que sólo era un año más grande que yo, le ayudaba a mi papá con la sastrería. Cuando llegué a casa, me dispuse a hacer la tarea. Observé cómo mi mamá se alegraba de vernos y cómo se apresuraba a servir los platos sobre la mesa. Su sonrisa era como un abrazo dentro del cual no existía el frío o el calor. También me di cuenta de que ese bulto amorfo que se desparramaba sobre el sillón era mi hermana Lucila quien, como siempre, se entretenía en mundo de letras habitado por seres imaginarios con los que hablaba a solas. Sólo tenía un año menos que yo y, sin embargo, no era más que una niña fantasiosa y crédula que sólo a regañadientes se nos unía a la hora de la cena.

Mi hermana y yo compartíamos el mismo cuarto desde siempre y por eso habíamos tenido tiempo de sobra para vigilarnos. Yo estaba al tanto incluso de que su mejor compañía era esa criatura azul que, en su imaginación, seguía salvando a las víctimas de naufragios y asaltos y sequías y otras muchas desgracias: La Condesa Azul. A ella, por cierto, fue a la que extrañé primero en mi nueva vida como Arlo. Cuando veía el pizarrón vacío o cuando hilvanaba telas, me preguntaba dónde andaría, a quién andaría ayudando en esos momentos, sobre qué hombros se pasearía. También me preguntaba si me extrañaría a mí.

La inicial alegría provocada por mi metamorfosis pronto dio lugar a la nostalgia. A medida que pasaron los días, tuve que reconocer que me faltaban otras cosas. La vida de Arlo era interesante, pero estaba llena de silencios. Papá hablaba poco con él; sus amigos contaban chistes o gritaban, pero conversaban menos; mi mamá lo trataba con un precavido silencio lleno de admiración o de miedo. Era cierto que Arlo tenía muchas aventuras durante el día, andando de un lado a otro con los encargos de la sastrería, pero también pasaba mucho tiempo solo. Las calles con frecuencia parecían enormes bajo mis pasos. Las puertas sobre las que empuñaba los nudillos eran altas como muros. Arlo tenía responsabilidades, que cumplía con gusto o a la distraída, pero desconocía los distintos aromas de la cocina. Él nunca había pelado mandarinas en el regazo de mamá, ni había escuchado, como yo, tantas veces, las historias de la abuela Eugenia mientras esperábamos a que estuviera lista la sopa de fideos. Hubo un día en que hasta eso extrañé: el tiempo que desperdiciaba esperando a que estuviera lista la sopa de fideos mientras la abuela Eugenia contaba cómo, en sus tiempos, tenía que partir leña para poder hervir agua. El colmo fue cuando mi mamá, haciendo lo que acostumbraba, llamó a mi hermana para que la ayudara a lavar los trastos. Las vi de reojo



desde el cuarto de la tele con un anhelo muy raro: sus dos cuerpos juntos, los hombros que se movían a la par. Eran madre e hija, en efecto, y algo recóndito y fuerte pasaba entre ellas dos en ese momento. El aroma del jabón. La consistencia del agua que fluye. La limpieza de los platos. Era algo que iba más allá de la tarea a la mano. Algo más allá de los objetos. Tenía que ver con lo que miraba ahora desde lejos: su cercanía, la coordinación casi natural de sus movimientos. La sombra que se extendía, delgada y fugaz, de una a la otra y viceversa.

Estaba a punto de llorar con el lápiz entre los dientes cuando se apareció La Pequeña Azul cerca de mi libreta. La había olvidado, es cierto. Entre una cosa y otra había perdido mi fe en sus poderes o, incluso, en su existencia.

—Te sientes sola, ¿verdad? —me preguntó mientras ensayaba unos extraños pasos de baile frente a mis ojos. Yo, tratando de frenar el escozor que se me subía por la garganta, asentí.

—Y ahora, después de todos estos días, ¿ya quieres volver a ser tú? —preguntó por preguntar, sabiendo de hecho la respuesta—. ¿Y si no pudieras? —susurró, maliciosa, al tiempo que hacía una marometa.

Lo pensé por un rato. La vi con cautela.

—¿Pero podría seguir leyendo tus historias? —la interrogué al final, con el ceño fruncido.

Ella, por toda respuesta, se rió. Luego, de un salto, se colocó, como la había hecho hacer en tantas ocasiones, sobre mi hombro derecho.

—Es más fácil de lo que te imaginas —susurró. Su aliento olía a frambuesas y a chicle. Se notaba que regresaba de alguna fiesta. Y luego, por si me quedaba alguna duda, añadió:

—Ser todos los que quieras ser, Lucila.

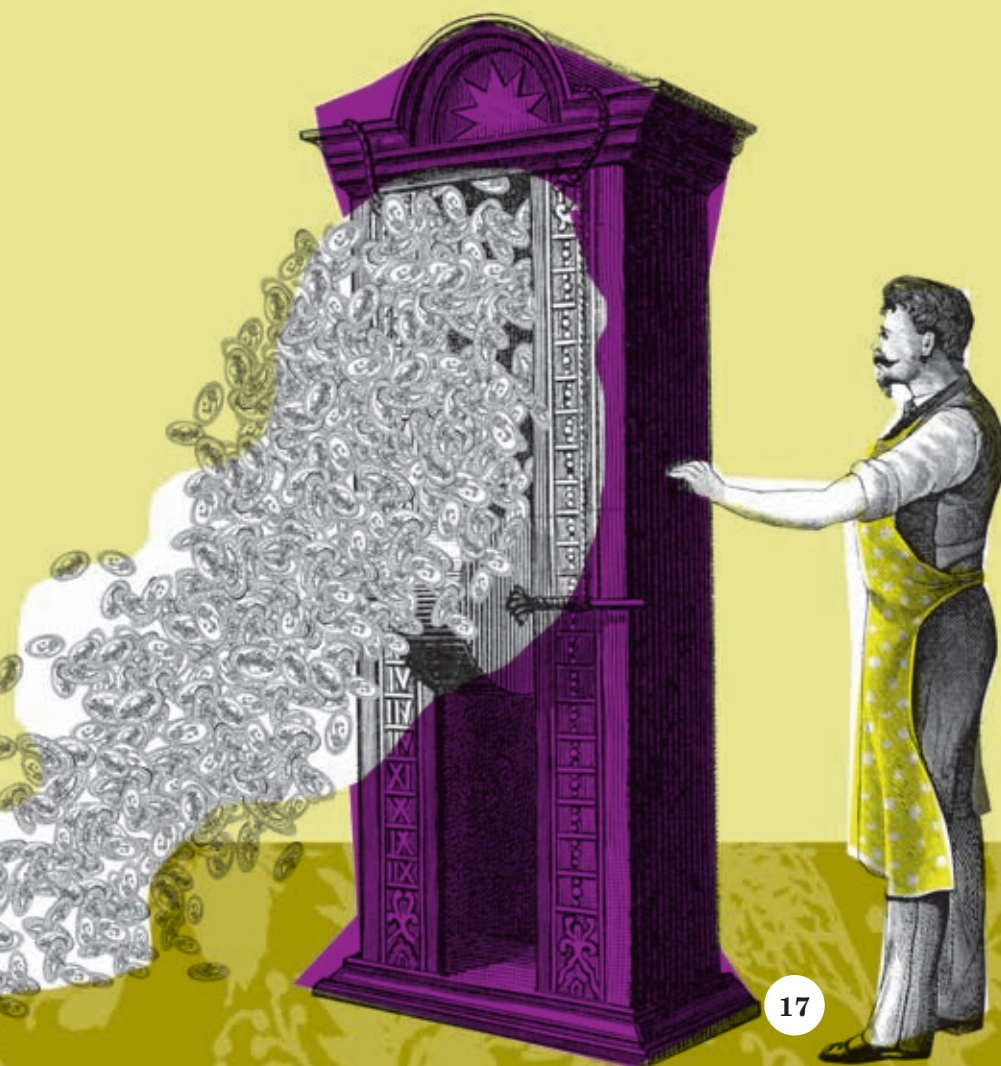


Rosa Beltrán

A full-length illustration of a man in a 19th-century style outfit. He is wearing a white long-sleeved shirt with a high collar, a yellow vest with black polka dots, and yellow trousers with a black pattern. He has a mustache and is standing with his hands at his sides.

Pero los precios del señor Gastón resultaron altísimos. Quería recobrar su inversión y, de ser posible, centuplicarla cuando menos. Mas, como la gente no tenía el dinero necesario, el dueño acordó recibir lo que cada uno tuviera e irle devolviendo lo perdido en abonos. Para ello, accionaría la máquina en forma parcial, sin bajar la palanca del todo.

La primera en llegar fue la cocinera del pueblo, que algo de dinero tenía dada su abundante clientela, pues para comer y gastar todo es cosa de empezar. Asentó una gran bolsa con billetes, se paró frente al artefacto aquél y pidió que volviera su amor. Por un orificio salió un gordo majadero que enseguida le pegó porque se le había salado la sopa. Luego, se acercó un viejo que junto con los años había perdido la alegría. Pagó la suma reunida, accionó la palanca hasta la mitad y esperó. Volvieron los años, pero no la alegría. Un par de nietas acudió a buscar a su abuelo. Lo único que regresó fue el bastón y el sombrero. La gente se empezó a decepcionar. Comenzó a preguntarse sobre la utilidad del invento. Pero la esperanza muere al último, así que llegó por fin un niño que había perdido a su perro. Agitó su alcancía y se la dio al señor Gastón, quien no



tuvo más remedio que recibirla y jalar un centímetro la palanca, torciendo la boca. Sólo regresaron el olor y las pulgas. Junto con el chasco, el niño se ganó el mal humor de su madre, pues por más que se bañara y tallara con bastante jabón, no dejó de seguirlo un olor a perro y un comité de pulgas que lo hacía rascarse todo el tiempo.

Decepcionado, el profesor Sigma, científico honorable, se presentó frente al comprador. Su invento no había sido destinado para ese uso, explicó. Lo perdido debía regresar completo. De no ser así, se haría mala fama a la ciencia, la máquina se descompondría, su nombre de científico sería pisoteado... En fin, que si no se daba el uso correcto al aparato, estaba decidido a devolver la inversión. El señor Gastón acordó buscar a personas pudientes, de preferencia extranjeros, y bajar la palanca hasta el tope.



La señora Pírrica (una mujer muy, muy rica) pidió que le fuera devuelto un collar de esmeraldas que le habían robado, ya no se acordaba en cuál revolución. Pagó una barbaridad, el señor Gastón hizo una caravana y jaló la palanca hasta el piso. El collar volvió íntegro, pero la Señora no se conformó. Dijo, con gran decepción, que en su recuerdo el collar era mucho más bello. El Duque de No Sé Cuántos —pues no sabía cuántos reinos tuvo y perdió— exigió que se los devolvieran uno a uno. La máquina funcionó, pero los reinos regresaron poblados con gente que ni siquiera sabía hablar su lengua y entre la que había muchos pobres que el Duque antes no vio.

Ante tal desastre, el pueblo se amotinó, incluido el señor Gastón, frente a la Sociedad Científica de Inventores, para que le devolvieran su dinero. Como ésta lo había gastado ya en otro invento donde era posible pensar el día menos pensado, no pudo devolver la suma, con lo cual la gente fue a armarse con picos y palos para destruir la máquina. Y fue destruida, a la vista de todos, en la plaza. El profesor Sigma, científico intachable, dio la media vuelta y volvió a su labor. Según declaró, el experimento había sido un éxito. El problema estaba en la gente, que había perdido el sentido de lo que podría hacerse con tan prodigioso invento.

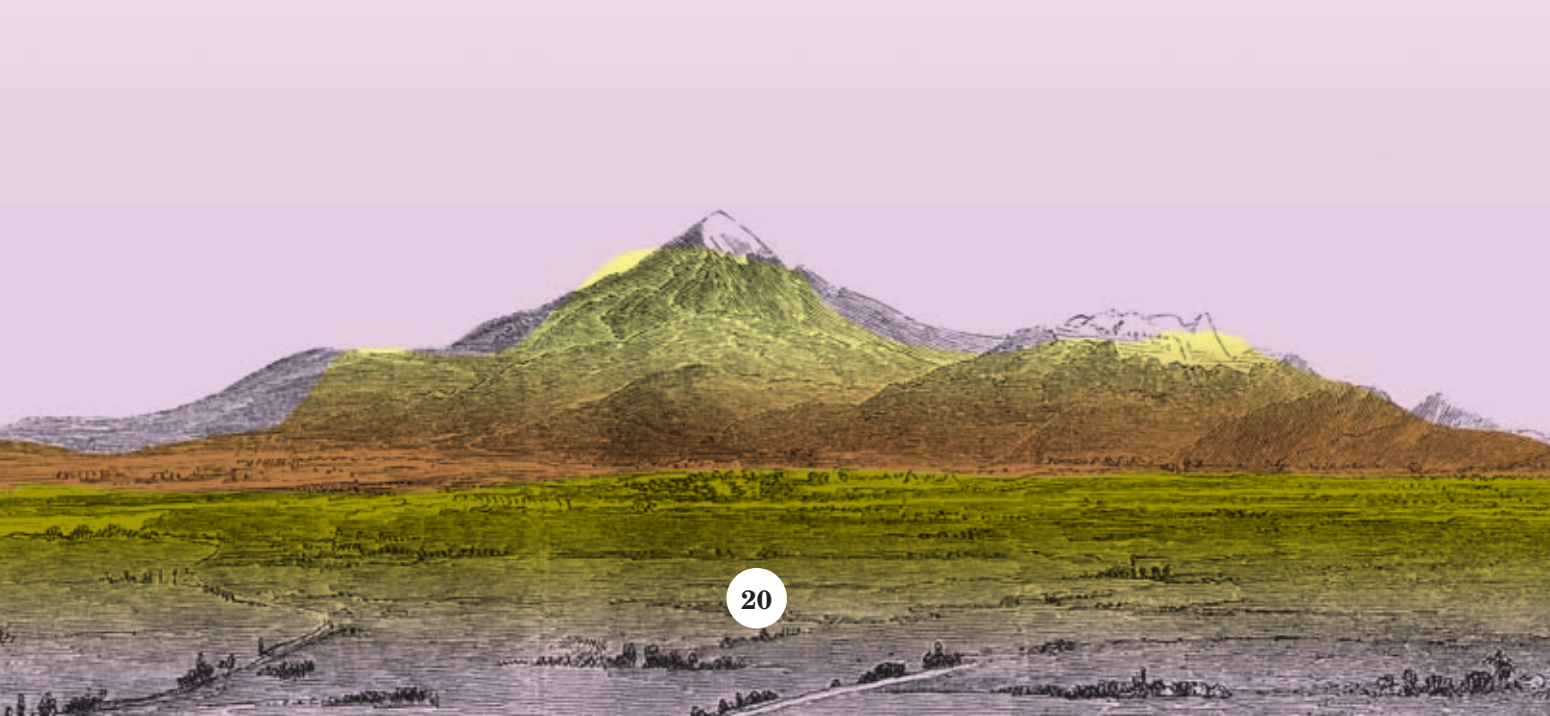


Consuelo y la muñeca de cera

Beatriz Espejo

Para Martha Bárcenas Coqui

Cada vez que su mamá anunciaba el viaje a Puebla, Consuelo sentía que le daba un vuelco el corazón de puro gusto. Apenas subía al autobús con su mochila roja en los hombros, y antes de colocarla bajo su asiento, pedía la ventanilla para mirar el panorama que cambiaba en el camino. Aunque encendían el televisor y pasaban películas, prefería observar el recorrido. Dejaba atrás las huertas de mangos y naranjas, los platanales, y de esa vegetación tropical llegaba a otras menos generosas, pero hasta en pasajes áridos todas las casas pobladas tenían flores dentro de latas, macetas o desde el trecho de la entrada bugambilias esponjosas como árboles con sus colores deslumbrantes. ¡Son tan diversos los paisajes de México que van de la costa al altiplano! ¡Y los climas! Así que cerca del Pico de Orizaba rodeado de nubes, rozando el cielo con la punta blanca, Consuelo abrió su mochila buscando un suéter que evitara cualquier resfrío. Quería mantenerse en buenas condiciones y aprovechar la oportunidad. Sólo un mes al año se le presentaba cuando las tías llamaban invitándolas a huir del sudoroso agosto para disfrutar su mansión colonial de grandes patios y recámaras con vigas en el techo, donde en la sala había un cuadro de la

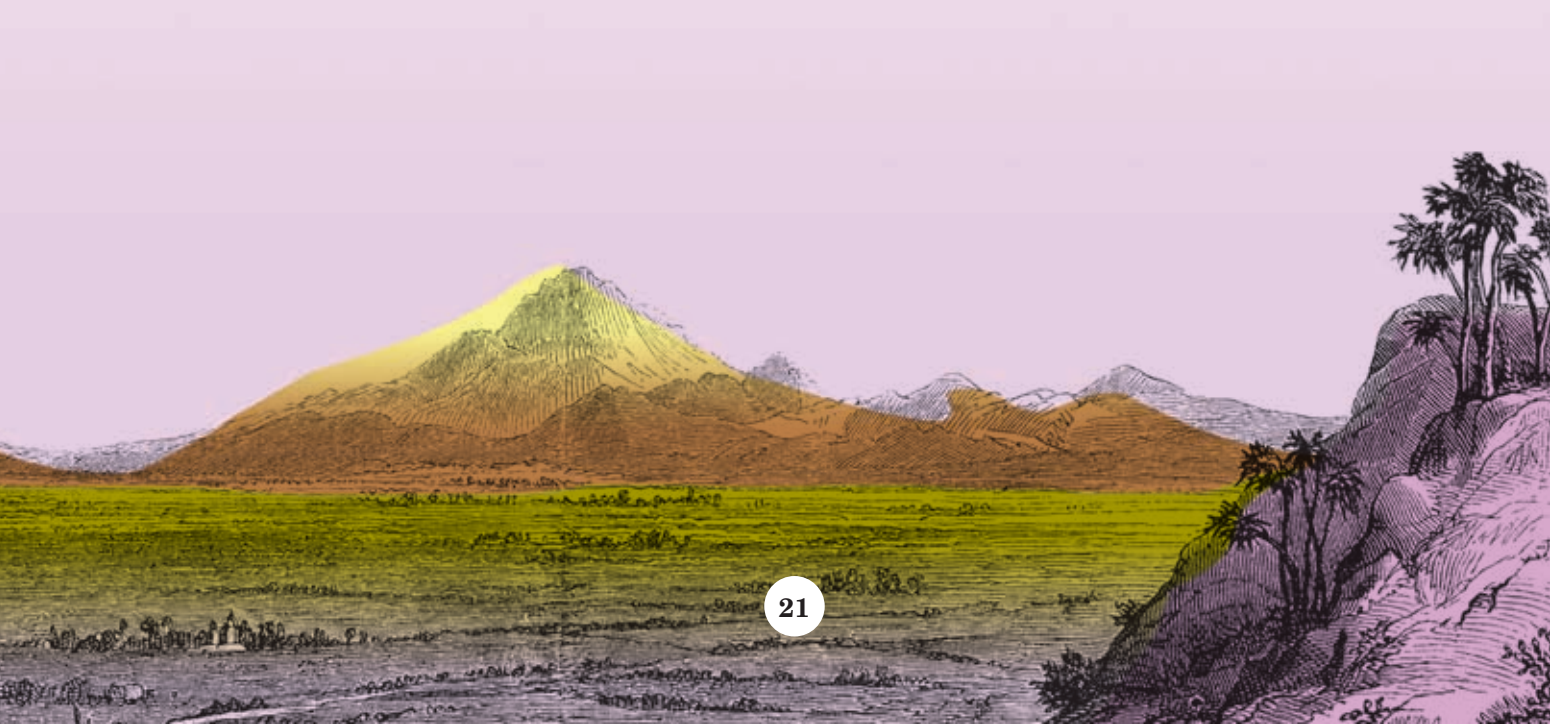


bisabuela sobre la que nadie debía averiguar cómo fue el tiempo de su vida rodeado de susurros.

—¿Verdad que es una obra maestra? Los encargados de Museo Bello han querido comprárnoslo, pero les hemos contestado que no se vende —decían y se miraban nostálgicas las manos en que brillaban menos anillos.

Por esa ruta, los pasajeros a la capital encontrarían, además del Pico, otros dos volcanes, el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl lanzando enfurecido hacia el espacio abierto fumarolas que asustan al más valiente. En realidad se trataba de dos guardianes cargando una leyenda amorosa a cuestas. ¿Quién habrá inventado que ella con su silueta ondulante era una mujer dormida y él tan altivo y enojón se encargaba de cuidar su sueño? La realidad se confunde con la poesía. Permanece alrededor de nosotros si sabemos escucharla; pero únicamente los grandes poetas llegan al corazón de los hombres; sin embargo Consuelo todavía no acababa de entender tales cuestiones. En cambio, su mirada oscura traspasaba el aire como si todo lo que veía pudiera enriquecerla.

En la estación, las tías movían los brazos para ser descubiertas entre la gente. Habían envejecido desde el último encuentro, una arruga por acá, una cana por allá. Estaban más gordas, cosa que no cambiaba su ánimo ni sus deseos de atenderlas. Se proponían divertir las y conversar con su hermana menor paseando por calles llenas de hoteles, conventos, capillas e iglesias donde había santos milagrosos. Y claro



irían a la catedral. Contemplarían nuevamente la reja de ángeles y el magnífico órgano, con sus fuelles, su teclado de varios registros ordenados para que durante las misas solemnes los coros y la música treparan hasta las bóvedas, franquearan los portones y retumbaran contra aquellos muros centenarios. Irían también al mercado y al Parián donde la niña encontraría toda clase de baratijas y tableros de ajedrez que trajeron a cuento recordando que participaba en torneos de su escuela y a lo mejor representaría al país en un campeonato internacional. Las propuestas no resultaban novedosas pero a Consuelo le encantaba volver.

Ni su mamá ni sus tías trabajaban de adivinas y jamás mencionaron una dulcería que la embelesaba por su espejo de marco dorado, hecho para un palacio, abarcando la pared entera. Un par de viejitas guardaban polvos de mole rojo y verde sazonados por ellas mismas. Los vendían a clientas favoritas capaces de apreciarlos. La mamá de la niña se contaba entre las agraciadas y siempre llegaban allí antes de regresar al puerto; pero Consuelo propuso que fueran enseguida. Así se encontró ante el mostrador. Sólo el fleco y una parte de su frente alcanzaban a reflejarse sobre la enorme luna. Sus ojos recorrían cajas con camotes de varios sabores envueltos en papel encerado, galletas de nuez, almendras y manteca con sabor a limón acomodadas en montecitos, diminutos muebles de palo, jarros miniatura que ya nadie compraba convertidos en reliquias y ¡claro, las muñecas con cabeza de cera y cuerpo de trapo! Por algún motivo, Consuelo dejaba a un lado su nintendo tan de moda planeando vestir una de esas muñecas que se empolvaban bajo el vidrio y escogía la del peinado con rizos en la coronilla.

Las tías guardaban en su caserón cosas viejas. Les costaba desprenderse de los triques. Tenían costales de ropa. Y Consuelo escogía terciopelos, brocados, rasos plateados para coser un vestido dándose vuelo,

después de la comida y mientras sus parientes descansaban por tanto caminar. Reproduciría lo mejor posible aquel atuendo de la señora retratada entre cojines apoyando su cabeza en una mano y sosteniendo con la otra un libro a medio leer. Su expresión aburrida decía que mataban las horas; esas horas que a su mamá no le alcanzaban pues el ocio se había fugado sin remedio y las mujeres actuales andaban corriendo de un lado a otro.

Los días volaron y llegaron las despedidas. Luego de besos, abrazos y planes para la próxima reunión. Consuelo guardó en su mochila roja la muñeca vestida como duquesa. El trajecito fue muy celebrado y hasta oyó decir en voz baja que había sacado el buen gusto familiar y parecía niña de otra época. Nunca supieron que cuando pensaba en el futuro imaginaba pasarelas con desfiles de modelos presentando sus diseños. Acababa de terminar una primera creación. Pero el destino suele ser cruel y sangriento. Tan pronto





llegaron a Veracruz la muñeca sudaba, había perdido la nariz y el cabello se derretía en hilos negros escurriéndole sobre la cara con el calor indomable. Sobrevino la tragedia. Ningún poder en el mundo era suficiente para consolar a Consuelo que subía y bajaba las escaleras, recorría pasillos y cuartos en medio de lágrimas y gritos destemplados. Su madre asustada prometía comprarle otra muñeca, mandarla buscar. Nada. Seguía llorando convencida de que la sustituta sufriría la misma desgracia y como si una ilusión se le escapara rumbo al mar abierto. Pero de pronto, sin causa aparente, su llanto fue iluminado por una idea. Inventaría un antifaz igual a los que usan en los carnavales, se fundiría con la cera y nunca lograrían despegarlo. Le pondría una plumita que se trajo de un sombrero y a la bisabuela le agregaría otro misterio.







El Día del Poeta

Carmina Narro

Desde ese día ya nada fue igual. Sólo me pasó a mí, estando adentro de mi casa. Nadie se dio cuenta, pero ese día cambié para siempre. Recuerdo que mis amigos hacía tiempo que me aburrían; no lo quería reconocer porque hubiera sido algo parecido a una traición y los seguía queriendo a pesar de que quién sabe desde cuándo ya no sentía que era parte de ellos. Ya casi no veía la tele y estaba cansado también de la computadora. Me sentía solo sin nunca haber estado solo. Estaba triste.

Aquel día, estando de vacaciones, pasé como lo había hecho siempre por el librero de mi abuela y, sin ganas, por no tener otra cosa que hacer, tomé un libro y empecé a leer. Era de poesía. Yo nunca había leído algo así. Estuve pensando mucho tiempo. Primero me sorprendió la belleza porque no sabía bien de dónde provenía. Después entendí que era por cómo estaban acomodadas las palabras, cómo estaban escogidas, parecía que tenían música. El libro era de un poeta muy triste y sin embargo ese señor con su melancolía había encontrado la belleza y hablaba de lo que yo sentía. Varios días estuve pensando en eso y volvía al libro a cada rato.

De pronto, tuve como una revelación y recordarlo todavía me emociona: supe que había algo más dentro de mí que me hacía único. Yo no era sólo mi cuerpo; mi mente —y eso que no se puede ver, pero que está en nosotros—, podía ser tocada por las palabras. No todo era mi casa y la escuela. Podía estar en otras partes al mismo tiempo sin moverme de lugar. Mi cuerpo sólo era el lugar donde vivía lo mejor de mí que nadie puede tocar. Era parte del universo aunque yo sólo fuera un punto microscópico en su inmensidad. Ese día, la tristeza del poeta y la mía a través de los poemas se transformó en algo hermoso y eso tenía que ser bueno.

Ahora me gusta pensar que cuando esto ocurre, el mundo se vuelve un poquito mejor y paso mucho tiempo leyendo. Por eso desde ese día ya nada es igual y lo recuerdo como el Día del Poeta.



Los caballeros bondejitos

Carmen Boullosa

Todas las noches, Pedro soñaba lo mismo. Desde que cumplió siete años, todas, todas las noches. Me lo contó porque yo aparecía en su sueño.

Esto pasaba en el sueño de Pedro:

Pedro le ponía la corona al nuevo rey de la cuadra, Julio.

Julio era el vecino de Pedro, vivía en el departamento 8, era tres años mayor.

Lo primero que hacía el rey Julio era darle a Pedro la orden de irse de la cuadra:





—¡Fuera de mi territorio! ¡Te me largas!

—¡Ni modo! —se decía Pedro—. Al rey que yo hice, ahora lo obedezco.

Sobre un pañuelo grande que había sido de su abuelo, Pedro ponía un tenedor, un cuchillo y dos cucharas, un plato hondo y otro extendido, su cepillo de dientes, su vaso predilecto (de plástico azul), y un par de calzones limpios, del mismo color que el vaso. Amarraba las puntas del pañuelo unas con otras para envolver sus cosas, hacía un bultito. Su mamá lo abrazaba llorando, su papá se escondía en el baño para que no le viera los lagrimones, su tía Pelusa le acariciaba la cabeza, diciendo “¡pobrecito!”, su abuelita lo miraba sin parpadear, como si estuviera orgullosa, y sus hermanas ponían cara de ni fu ni fa.

Cargaba su bultito, salía del departamento y azotaba la puerta.

En el descanso de la escalera, lo esperaban Pablo, Enrique y Carmen, sus amigos. Enrique venía con su perro, Valiente.

Todos llevaban un bultito en las manos, Carmen lo había hecho con un paliacate rojo, Pablo con un trapo de cocina amarillo y percutido, Enrique con una sábana de bebé, rosita y con flores.

Valiente ladraba y bajaba corriendo la escalera, adelante de todos.

Salían a la calle. Comenzaban a caminar, iba a la cabeza Valiente, meneando feliz la cola.

El del taller mecánico les preguntaba:

—¿Dónde van?

—¡A donde nos apunte la nariz! —contestaba Pedro.

—¡Donde el rey de la cuadra no sea un gandaya! —decía Carmen.

—¿Por qué se van? —les preguntaba el mecánico.

Le contaban la razón del rey Julio. El hijo del mecánico, el Brincos, se iba con ellos, también cargando un bultito. Cuando pasaban frente a la tienda, Doña Tecla la tendera preguntaba también, y la Trenzas, su hija, se les unía, llevando un bulto algo más grande que los demás, envueltos en un mantel de cuadritos verde y blanco.



Caminaban una cuadra que les pareció muy larga. Valiente jadeaba, traía el hocico abierto, tenía sed. Enrique le ponía la correa, tiraba de él, casi lo llevaba a rastras. La Trenzas abría su bulto, sacaba una botella de agua. Pedro desanudaba su bultito, sacaba el plato hondo, lo ponía en el piso. Le daban de beber a Valiente, se bebía el agua a lengüetazos rápidos. Pedro y la Trenzas volvían a hacer su atadito con el pañuelo.

Seguían caminando, pero, apenas pasar la siguiente esquina, les daba hambre y se paraban. Ponían en la banqueta sus pañuelos, sábanas y mantelitos, los abrían, buscaban entre sus triques, pero nadie traía nada de comer, ni siquiera la Trenzas. Unas señoras se les acercaban, y les compraban vasos, cepillos de dientes, cucharas, peines y calzones; una de ellas les pagó con un billete, las demás con monedas.

Un señor de camisa de rayas color naranja les compraba todos los cuchillos, les pagaba con dos billetes. Una joven venía y le daba a Valiente cueritos de pollo en el plato hondo de Pedro. Después, se llevaba el plato, dijo que “a lavar”, pero ya no volvió.

Con los triques que les quedaban, Pedro, Pablo, Enrique, Carmen, la Trenzas y el Brincos se adornaban. Carmen doblaba los tenedores, se los acomodaban en los cinturones y los zapatos, se ponían los platos sobre las camisas, deteniéndoselos con sus pantalones, y se amarraban sus trapos en las cabezas o en los hombros, como capas o sombreros.

—¡Somos los caballeros bondojitos! —se ponían a gritar, nomás porque les gustaban esas palabras.

Enfilaban de vuelta hacia su cuadra. En el camino, se les unían otros amigos, y también los hermanos Carrión, que nunca se habían llevado con ellos (eran también mayores, como el rey Julio, unos creídos

que siempre los habían ninguneado). Los Carrión se les pegaban por convenencieros.

Pocos pasos después, los Carrión comenzaban a decir palabrotas horribles a Carmen y las otras niñas. Pedro los expulsaba del grupo. Se negaban a irse. Los caballeros bondojitos los amenazaban, agitaban sus trapos, pegaban con sus puños en los platos y les gritaban “¡Largo de aquí!”, hasta que se fueron. Se creerían condes y elegantes, serían lo ricos que quisieran, pero los Carrión eran gente de quinta.

¡Somos los caballeros
bondojitos!



Seguían su camino, y bien contentos.

Llegaban a su cuadra y se enfilaban directo a la heladería.

El rey Julio se les acercaba, exigiendo le dispararan un helado.

—Pero cómo no —decía Pedro—. Usted es el rey de la cuadra.

Todos se quedaban boquiabiertos con la respuesta de Pedro. Carmen se ponía furiosa, se daba la media vuelta y se iba.

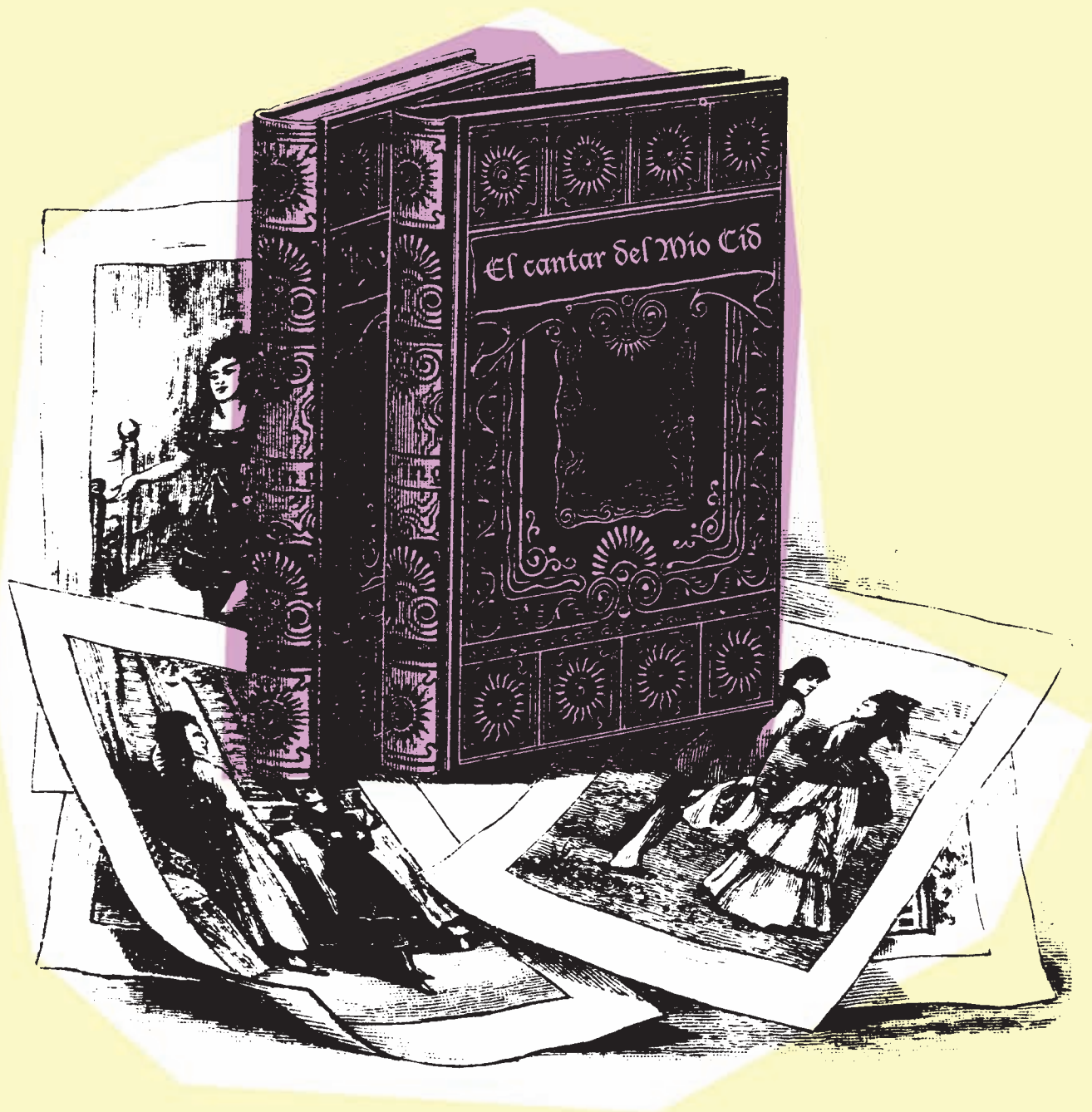
Pedían sus helados, se los comían, y cada cual para su casa. La mamá de Pedro, su papá, su tía Pelusa y hasta sus hermanas se ponían felices. Nadie le reclamaba que hubiera desacompletado la vajilla y los juegos de cubiertos, ni le pedían que se desamarrara el pañuelo de la cabeza.

Cuando Pedro se despertaba, le enojaba haber comprado un helado al rey Julio. Por eso me lo contó. Yo era la única que se había portado como se debe.

Todas las noches Pedro soñaba lo mismo.

En la prepa, leyó un libro escrito hace novecientos años, en tiempos de su tataratataratataratatarabuelo, *El cantar del mío Cid*. Pedro se dio cuenta de que el libro contaba lo de su sueño. Había un rey y los que él expulsara; en vez de cuchillos, espadas; ganaban dinero y además batallas.





La verdad, Pedro sintió muy raro. Desde ese día, quiso leer más libros, le dieron curiosidad.

Cuando me lo contó, yo en cambio pensé que esto no tenía ni un pelo de raro, porque así son los libros. Son como espejos, pero no como los de los baños, que sólo reflejan lo que está inmediato; cuentan lo que ya pasó, lo que alguien sueña, y lo que será. Lo raro para mí es que, aunque sea yo la Carmen del sueño de Pedro, nunca lo he soñado. En el sueño de Pedro fui una de los caballeros bondejitos, y yo... ¡ni cuenta!



El día de campo

Elsa Cross

Cuando regresamos, nos pusieron pintas. Y a mí, me regañaron y regañaron y regañaron, y de castigo estuve un mes sin salir a ningún lado. Pero después de todo, tenían razón. Se me pasó la mano.

Mis papás nos llevaron de día de campo, e iban también mis primos, Érica y Joaquín, que se iban a quedar el fin de semana en la casa. Joaquín y mi hermanito Pepe eran más chicos, pero Érica y yo, que habíamos cumplido ya 11 años jugábamos juntas, a otras cosas.

Ese día, ya habíamos jugado pelota, y bádminton, con unas raquetas que llevó Érica. Fuimos también al río, que no tenía peces; en realidad no era un río, sino un arroyo que se podía cruzar porque había un caminito de piedras. Luego, debajo de unos abetos, mi papá nos enseñó cómo hacer una cabañita con tronquitos y a ponerle techo con las agujas de los abetos; quedó muy bonita, y nos acordamos de una cabaña de piedra que había, al otro lado del río, ya en el monte, adonde iban a veces unos boys scouts.

Más tarde, comimos en el campo, pues nos gustaba más que ir a un restaurante. Después de comer, mi papá se tendió en el pasto y se quedó dormido. Joaquín y Pepe se pusieron a jugar con unos carritos. Érica y yo empezamos a jugar bádminton otra vez; pero el gallito se quedó atorado en un árbol, y por más que tratamos con una rama, no pudimos desprenderlo.

—Esperen a que despierte tu papá —dijo mi mamá—. Él les puede ayudar.

—Mientras, le voy a enseñar a Érica la cabaña de los boys scouts —le dije.

—No se tarden —respondió.

—No, al ratito regresamos.

Fuimos por donde yo recordaba que estaba la cabaña, pero no la encontrábamos. Cuando yo era chiquita, mi papá me decía que era la casa de la abuelita de Caperucita, y me encantaba. Estaba toda hecha de piedra, entre los árboles, y adentro tenía una chimenea. No había puerta, y podía entrar el que quisiera; pero a veces estaba muy sucia. Caminamos más y no la encontramos.

—Tal vez está más arriba —le dije a Érica.





Seguimos subiendo. La cabaña no aparecía por ningún lado. Tal vez ya no existía, o estaba en otra parte, y yo me había confundido. El bosque era muy bonito. Cada vez había más silencio. En vez de los coches de la carretera sólo de oían pájaros. Había un pájaro rojo que hacía “pit pit pit”, y volaba de una rama a otra. Tratamos de seguirlo para verlo mejor, pues nos gustaban los pájaros; pero cada vez nos alejábamos más. Los rayos del sol pasaban entre las ramas. Había mariposas, y vimos ardillas, que subían y bajaban de unos árboles. Nos sentamos un rato sobre una piedra grande, nada más para estar allí, viendo todo.

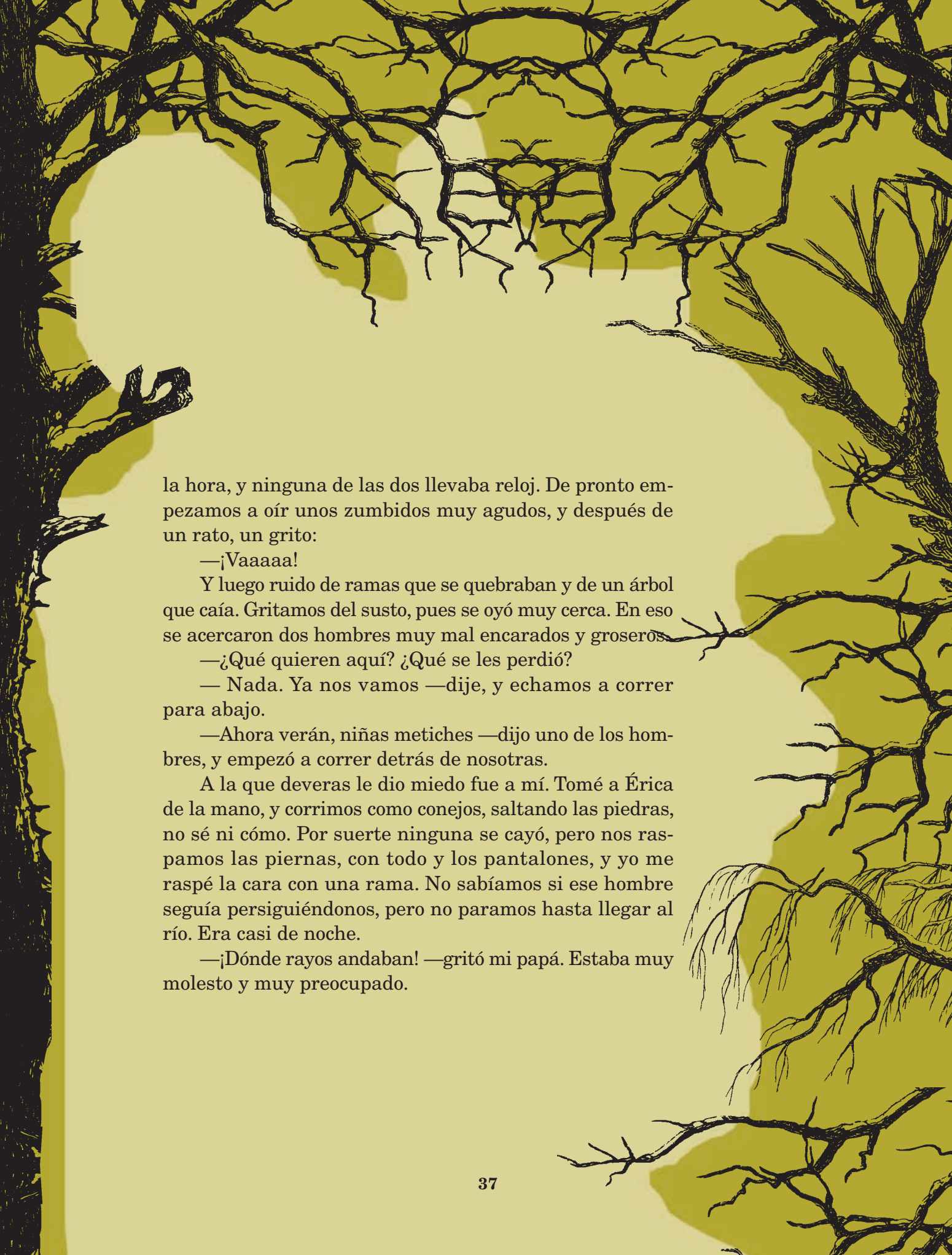
—¿No crees que ya deberíamos regresar? —dijo Érica.

—Al ratito —le dije—. Vamos a subir otro poco. ¿Sabes qué? Nunca había subido tan alto, y dicen que hasta arriba hay un mirador. Yo creo que ya estamos cerca.

—No, mejor vamos a regresarnos. Qué tal si hay osos o zorros.

—¡Qué miedosa eres, Érica! Aquí no hay osos. Y un zorro no te hace nada. Tú lo espantas.

Subimos más, y cada vez se ponía más oscuro, pero yo pensé que era porque había más árboles. No tenía idea de



la hora, y ninguna de las dos llevaba reloj. De pronto empezamos a oír unos zumbidos muy agudos, y después de un rato, un grito:

—¡Vaaaaa!

Y luego ruido de ramas que se quebraban y de un árbol que caía. Gritamos del susto, pues se oyó muy cerca. En eso se acercaron dos hombres muy mal encarados y groseros.

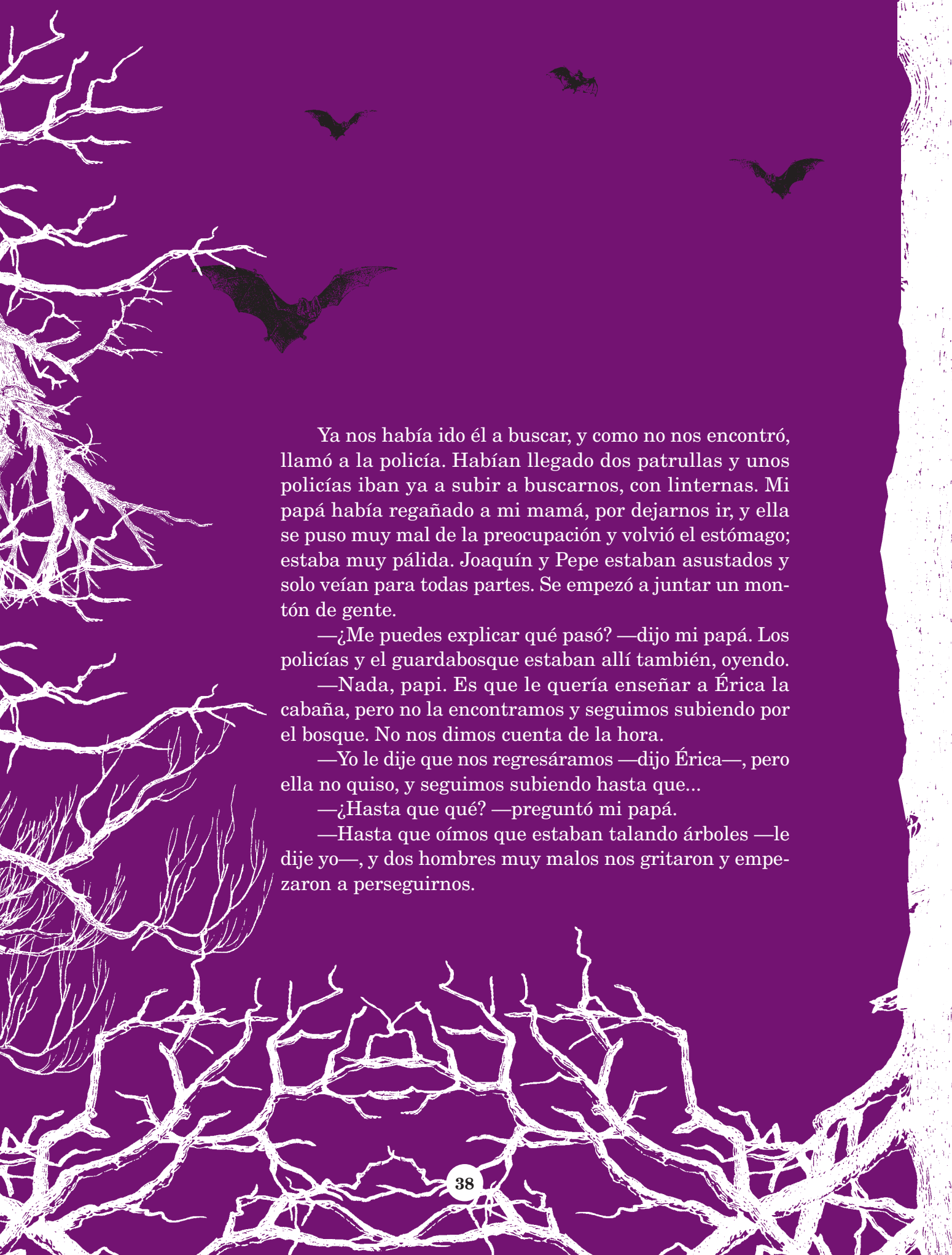
—¿Qué quieren aquí? ¿Qué se les perdió?

—Nada. Ya nos vamos —dije, y echamos a correr para abajo.

—Ahora verán, niñas metiches —dijo uno de los hombres, y empezó a correr detrás de nosotras.

A la que de veras le dio miedo fue a mí. Tomé a Érica de la mano, y corrimos como conejos, saltando las piedras, no sé ni cómo. Por suerte ninguna se cayó, pero nos raspamos las piernas, con todo y los pantalones, y yo me raspé la cara con una rama. No sabíamos si ese hombre seguía persiguiéndonos, pero no paramos hasta llegar al río. Era casi de noche.

—¡Dónde rayos andaban! —gritó mi papá. Estaba muy molesto y muy preocupado.



Ya nos había ido él a buscar, y como no nos encontró, llamó a la policía. Habían llegado dos patrullas y unos policías iban ya a subir a buscarnos, con linternas. Mi papá había regañado a mi mamá, por dejarnos ir, y ella se puso muy mal de la preocupación y volvió el estómago; estaba muy pálida. Joaquín y Pepe estaban asustados y solo veían para todas partes. Se empezó a juntar un montón de gente.

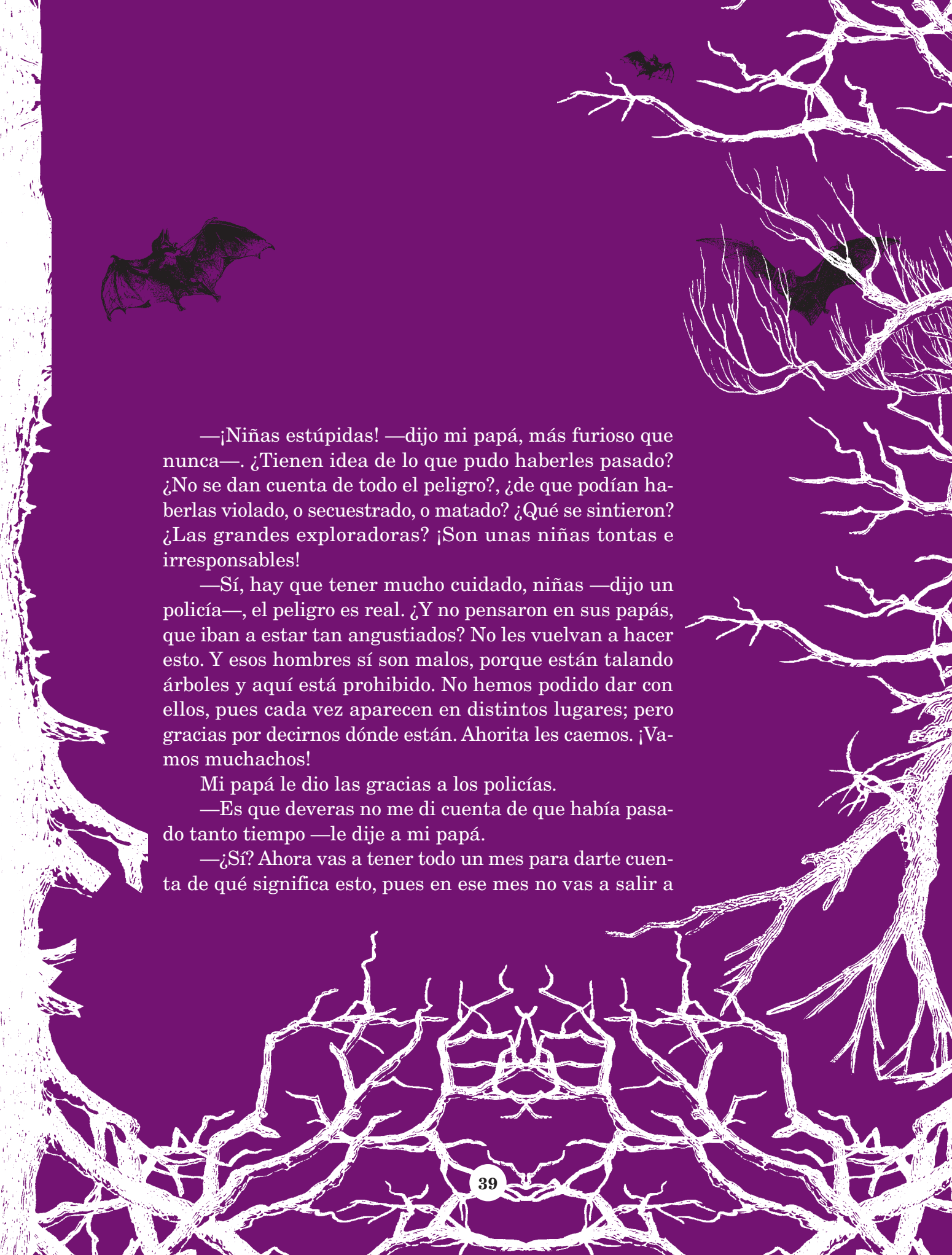
—¿Me puedes explicar qué pasó? —dijo mi papá. Los policías y el guardabosque estaban allí también, oyendo.

—Nada, papi. Es que le quería enseñar a Érica la cabaña, pero no la encontramos y seguimos subiendo por el bosque. No nos dimos cuenta de la hora.

—Yo le dije que nos regresáramos —dijo Érica—, pero ella no quiso, y seguimos subiendo hasta que...

—¿Hasta que qué? —preguntó mi papá.

—Hasta que oímos que estaban talando árboles —le dije yo—, y dos hombres muy malos nos gritaron y empezaron a perseguirnos.



—¡Niñas estúpidas! —dijo mi papá, más furioso que nunca—. ¿Tienen idea de lo que pudo haberles pasado? ¿No se dan cuenta de todo el peligro?, ¿de que podían haberlas violado, o secuestrado, o matado? ¿Qué se sintieron? ¿Las grandes exploradoras? ¡Son unas niñas tontas e irresponsables!

—Sí, hay que tener mucho cuidado, niñas —dijo un policía—, el peligro es real. ¿Y no pensaron en sus papás, que iban a estar tan angustiados? No les vuelvan a hacer esto. Y esos hombres sí son malos, porque están talando árboles y aquí está prohibido. No hemos podido dar con ellos, pues cada vez aparecen en distintos lugares; pero gracias por decirnos dónde están. Ahorita les caemos. ¡Vamos muchachos!

Mi papá le dio las gracias a los policías.

—Es que deveras no me di cuenta de que había pasado tanto tiempo —le dije a mi papá.

—¿Sí? Ahora vas a tener todo un mes para darte cuenta de qué significa esto, pues en ese mes no vas a salir a



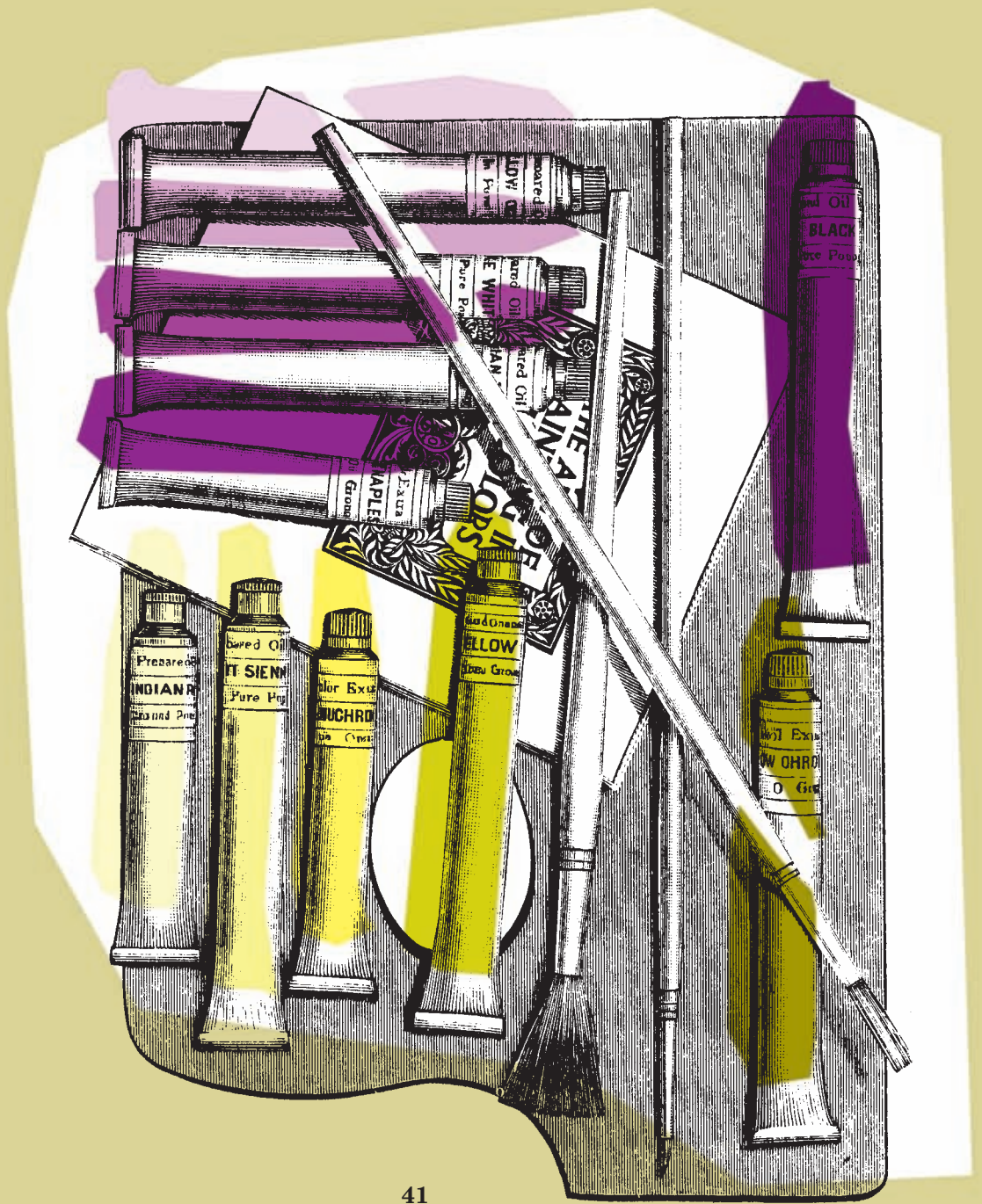
ningún lado. ¿Me entiendes? Y pídele una disculpa a tu mamá. ¿Cómo puedes ser tan inconsciente? ¿No te das cuenta de qué daño le hiciste?

Me costaba mucho trabajo entender que hubiera sido tan grave, pues no habíamos hecho nada malo ni teníamos malas intenciones de nada. Fue puro descuido y distracción. Y también egoísmo, por no pensar en los demás. A esa conclusión llegué después.

De regreso, todos íbamos en el coche muy callados. Yo quería que mi papá pusiera algo de música, o hablara de algo; o que Joaquín y Pepe se pelearan, por lo menos. Pero nada. Era un silencio horrible. Finalmente, dijo mi papá:

—Ya sabes cuál va a ser tu castigo, y va a empezar a correr desde mañana; pero ahorita, a otra cosa. Todos necesitamos relajarnos y quitarnos el mal sabor de boca.

Detuvo el carro fuera de un cine, y entramos a ver la película que más queríamos. Salimos contentos, pues se nos olvidó todo el rollo. Pero el castigo me lo cumplieron. Y como estuve encerrada todo el mes, aunque a ratos era aburridíiiiisimo, aprendí a pintar con acuarelas, leí varios libros que me gustaron, y saqué diez en todo; bueno, casi en todo.



Noé y el diluvio

Luis Mario Moncada

Todo comenzó hace tres semanas cuando la maestra de quinto se detuvo ante el pupitre de Noé para decirle que sólo un milagro lo salvaría de reprobado el examen.

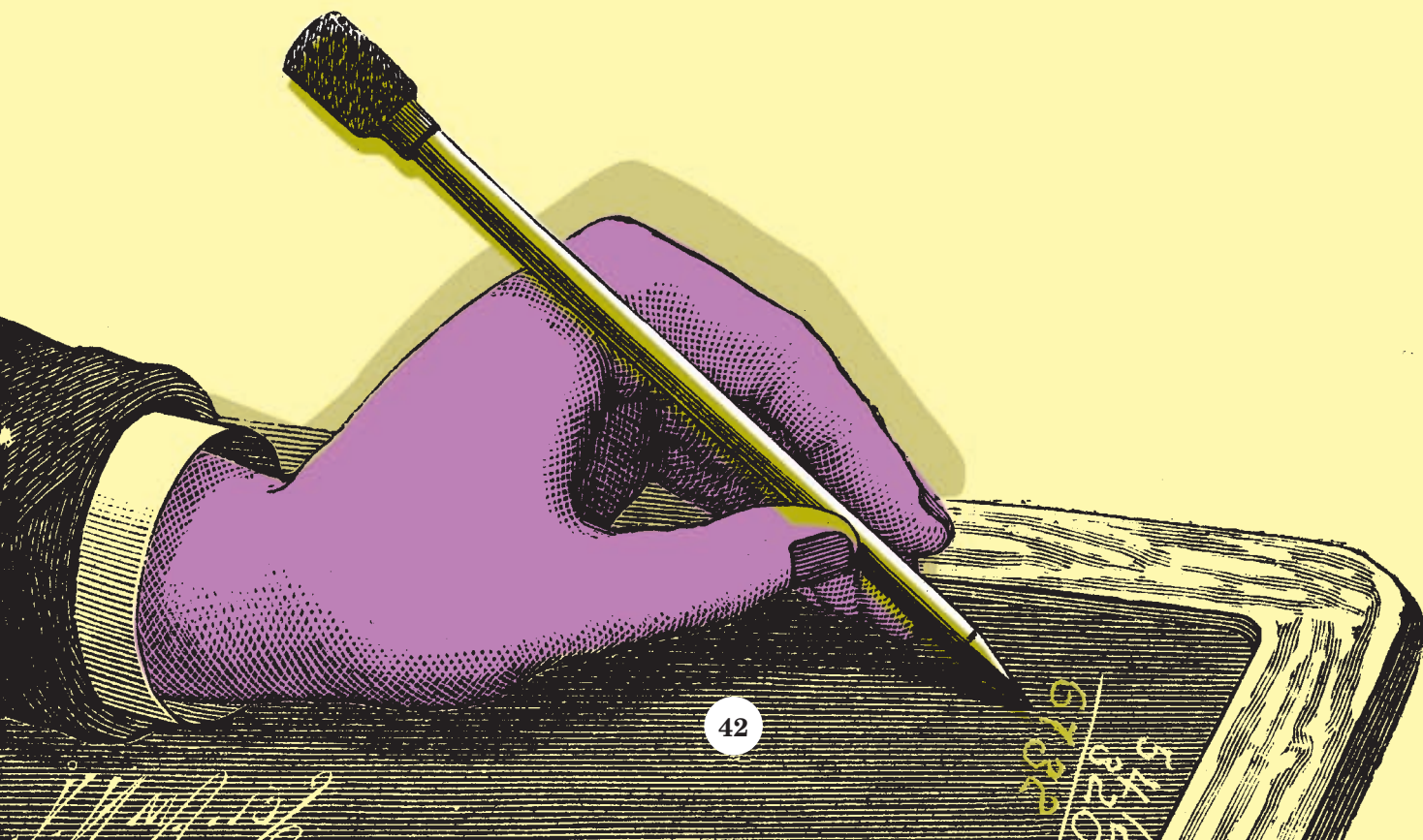
—No has entregado las tareas, eres el peor alumno en matemáticas, geografía, ciencias naturales...—y ya no siguió porque en ese instante sonó el timbre de la dirección, dando por terminadas las clases.

“No me queda de otra que estudiar”, pensaba Noé en el camino por la calle de casas coloridas, pero al llegar a su casa vio al abuelo en la mecedora de la entrada y otra vez se le olvidó lo que tenía que hacer.

El abuelo se pasaba en su mecedora contándole a Noé historias que nadie sabía si eran ciertas. Como aquella en la que según él había sacado una troca del barranco con unas poleas, aunque después no le creyeron porque nadie encontró las famosas poleas. Noé siempre le creía porque le encantaban esas historias increíbles. Pero esa tarde el abuelo estaba serio.

—Va a estar peor la lluvia —dijo. Y ambos miraron las negras nubes que cubrían el horizonte.

Desde hacía varios días llovía intensamente en todo el estado. Tanto que las autoridades habían prendido el megáfono para advertir a la población que tomara medidas ante el pronóstico climatológico.





Noé le confesó a su abuelo cuánto deseaba que la lluvia provocara la suspensión de clases.

—No sería la primera vez —se justificaba, y era cierto; cada año había por lo menos una tormenta tropical o un norte que interrumpía las actividades en la ciudad.

El abuelo sabía que en esa región selvática la lluvia era pan de todos los días, y aun así le contó a Noé que una vez —hacía muchos años—, cuando el tiempo de secas se prolongó más de la cuenta, los viejos pobladores del Papaloapan se habían puesto a bailar con unas enormes sonajas que llamaban Palos de lluvia, y en cosa de minutos comenzó a caer un diluvio universal.

Éste no era el caso, por supuesto, pero Noé estaba realmente necesitado de un milagro así que, antes de ir por las tortillas, fue a la cuna de su hermanita a tomarle prestada una de sus sonajas. Y se fue todo el camino a la tortillería agitando la sonaja y lanzando clamores a las nubes cada vez más amenazantes.

Apenas entraron a comer, la lluvia comenzó a caer suavemente y no paró durante cinco días. Para las ocho de la noche el agua ya se metía por debajo de la puerta y dos horas después ya se había ido la luz en toda la colonia.



A pesar de todo, Noé pensaba que los inconvenientes eran mínimos comparados con el maravilloso efecto de su *invocación*, que sin duda mantendría la escuela cerrada.

Pero a la medianoche el papá de Noé consideró que no podían esperar más y levantó a todos para salvar cuanto se pudiera. Guardaron todo lo que cupo en el cuarto de servicio de la azotea y ellos mismos se metieron allí hasta el amanecer.

Después de una muy mala noche, salieron al techo de la casa y observaron el espectáculo asombroso: el río se había metido a la colonia y todos los coches en la calle estaban cubiertos de agua; alguno incluso había sido arrastrado hasta golpear la fachada de una casa. Las otras azoteas estaban también pobladas de familias desconcertadas. Algún valiente atravesaba la calle con el agua hasta el cuello intentando ir por ayuda, pero no era fácil avanzar contra la corriente del río.

A Noé se le congeló la risa cuando bajó con su papá a comprobar el estado de la casa y vio los muebles sumergidos en el agua, sin duda echados a perder. Sus propios libros de la escuela flotaban como cuerpos inertes en mitad de la sala.



De nada sirvió que en las noticias informaran que la inundación había sido provocada por la ruptura de unos diques mal contruidos. Noé comenzó a sentirse el culpable de la catástrofe.

—¡Yo sólo pedí una lluvia, no un diluvio! —trataba de convencerse mientras su abuelo lo miraba sospechosamente.

Todo el día estuvieron sintonizando el radio de pilas para escuchar las instrucciones de las autoridades, que advertían de la necesidad de evacuar la zona, y prometían ayuda para ir sacando a la gente. Los vecinos gritaban de azotea en azotea para pasarse las noticias y organizarse.

Después se dejaron venir las primeras pangas y el papá las llamó desesperadamente, pero el abuelo se negó a bajar de la azotea.

—Yo no me voy de mi casa. Me hundiré como el capitán con su barco —dijo dramáticamente, y no hubo poder humano que lo moviera de su mecedora.

A pesar de todo, el abuelo y los demás tuvieron que ser evacuados de la ciudad cuando el ejército llegó, dos días después, y prometió que resguardaría las casas contra posibles robos.



Noé trató de esconderse porque pensaba que los soldados tarde o temprano averiguarían la verdad. Pero su papá le dijo que él no era el abuelo para negarse a evacuar, y se lo llevó de las orejas.

Entre cuatro soldados tuvieron que cargar al abuelo con todo y mecedora, porque el viejo seguía negándose a bajar de la azotea. La hermanita de Noé lloraba al ver que la cuna y sus juguetes se pudrían debajo del agua; la mamá lucía muy triste porque no sabía cuándo volverían a su casa; el papá se preguntaba cuánto le costaría recuperar lo perdido. Pero Noé era el más preocupado al ver cuánto sufrían los demás *por su culpa*.

Al pasar frente a la escuela, totalmente inundada, Noé vio a los profesores que trataban de rescatar las cajas con material didáctico. Por un momento tuvo el impulso de saltar del camión y abrirse paso a nado, para ayudar, pero al ver a su maestra se arrepintió de bajar: “así que sólo un milagro me salvaría de reprobar”, murmuró como si le estuviera dando



una lección a la pobre maestra, que sufría tratando de salvar del agua algunos libros. Y por un momento Noé volvió a sonreír por su hazaña cruel.

En el albergue estuvieron dos semanas que a Noé se le hicieron eternas. En las mañanas se la pasaba escuchando a su abuelo con sus historias increíbles, que sólo Noé se creía. Y por las noches veían la tele para enterarse de cómo iban los trabajos de desazolve de las calles.

Porque lo cierto es que la noticia de una hermosa ciudad de casas coloridas inundada por el Papaloapan ha dado la vuelta al mundo, y Noé se pone rojo cada vez que en la tele le echan la culpa a los constructores de los diques. Ha sido tanto el desastre causado que él nunca se animará a contar *su verdad*.

—Bueno, tal vez a mis nietos sí se las cuente algún día —murmura pensando que quiere ser como su abuelo.

—Y también les contaré de una maestra malora que no creía en milagros y me reprobó por equivocarme en unas cuantas preguntitas.



El pasillo de las puertas cerradas

Laura Martínez Belli



Voy a contarles una aventura de la mejor manera que pueda. Intentaré no equivocarme ni perderme en los detalles, porque a veces, cuando uno cuenta algo, tiende a irse por las ramas y acaba contando cosas que no quería contar. No empezaré por el principio. Comenzaré por el día en que me encontré en un largo pasillo lleno de puertas cerradas a izquierda y derecha, sosteniendo un vaso vacío.

Y se preguntarán cómo llegué allí. Pues por culpa del agua de jamaica. Verán. Mi amigo Emilio tenía la costumbre de beber agua de jamaica a todas horas. Y por eso su lengua siempre estaba pintada de rojo. Lo que ni él ni yo sabíamos entonces era que si bebes mucha, muchísima agua de jamaica, no sólo te dan unas enormes ganas de ir al baño, sino que cuando el cuerpo ha asimilado toda la jamaica que le es posible aguantar, ocurre algo mágico, misterioso.

Así, de repente y sin aviso, uno consigue teletransportarse. Sí, sí, teletransportarse. Como hacen en las películas de ciencia ficción, cuando consiguen viajar a otra parte sólo con pensarlo. ¿Pueden creerlo? Pues eso fue lo que le pasó a mi amigo Emilio.

Se teletransporta a donde sea. ¿Que hay que ir por las tortillas? Emilio se bebe un vaso enterito de agua de jamaica y espera unos segundos. Cierra los ojos. Y al abrirlos, está en la tortillería frente a una señora preguntándole cuántas va a querer. ¿Que hay que ir a comprar cartulina para la tarea? Emilio se bebe un vaso de agua de jamaica y aparece en la papelería. Pero claro, el problema es que Emilio se aburre. Porque los demás, como no sabemos teletransportarnos, tenemos que ir caminando, y a él siempre le toca esperar.

Así que un día, ni corto ni perezoso, Emilio decidió enseñarnos la teletransportación.

Le pidió a su mamá que le preparara cantidades ingentes de agua de jamaica. Cosa que ella hizo, sabiendo que Emilio se pasaba el día bebiendo esa agua colorada. Cuando estaba lista, Emilio montó los tambos en un diablito y los trajo a mi casa.

Allí estábamos todos. Pedro, Jaime, Elías y yo, ansiosos por aprender el truco de cerrar los ojos y aparecer en otro lado. ¿Se imaginan tener ese poder? Podrías ir al parque con sólo desearlo. O ir a visitar a la abuelita. O a la novia. O donde doña Chenchá para pasearle al perro. Todo sin perder tiempo en el tráfico, ni hacer esfuerzo en la bicicleta. Desde mi punto de vista, todo eran ventajas.

Así que cuando Emilio nos contó que lo único que había que hacer era beber agua de jamaica, nos sacamos un poco de onda. Al principio, creímos que nos tomaba el pelo. Así que, en lugar de discutir, nos mostró su técnica. Al verlo esfumarse ante nuestros ojos, no rechistamos y empezamos a bebernos el agua.

Bebimos durante días. La vejiga nos dolía tanto que a cada rato teníamos que ir a orinar. Vasos y vasos de agua de jamaica. La lengua se nos empezó a escoriar y la sentíamos rasposa como toalla de baño. Pero ahí seguíamos. Cada vaso nos acercaba más hacia la victoria.



Poco a poco, todos se fueron rindiendo. El primero fue Elías, quien cansado de no obtener resultados decidió que, al fin de cuentas, no era tan malo tener que caminar o pedalear o agarrar un bote para llegar a otros lados. Al fin, así había sido por tiempo inmemorial.

El próximo en tirar la toalla fue Pedro, quien hastiado de la sensación dulzona en su lengua se rehusó a beber un solo vaso más, sin importarle demasiado los resultados de aquella acción. Sencillamente, su boca no podía soportar más el sabor de la jamaica.

Jaime hubiera podido resistir un poco más. Pero se dejó contagiar por la cobardía y la falta de voluntad de los otros. Fue más fácil dejarse conquistar por el fracaso que luchar por el triunfo. ¿Y yo? Yo seguí bebiendo agua de jamaica durante una semana más. Emilio, espontáneamente, se aparecía todas las tardes en mi recámara. Me decía “Ánimo, vas bien... ya casi, ya casi”, y volvía a irse sin atravesar la puerta.

Hasta que de pronto, un día, bebí un vaso más de agua de jamaica. No tenía nada que lo hiciera diferente a los anteriores. Pero al terminar de beber, empalagado, cerré los ojos. Y al abrirlos, estaba en este pasillo inmenso de puertas cerradas. Llamé a Emilio a voces, pero nadie contestó. Miré hacia atrás. Nada. Miré hacia delante. Nada. Tan sólo un pasillo largo como una cinta métrica, sin principio ni final.





La única manera de encontrar un camino era abriendo puertas. Así que eso hice. La primera la abrí cauteloso. No sabía qué me esperaba al otro lado, así que decidí hacerlo despacio, no fuera que tuviera que cerrarla de golpe.

Cuál fue mi sorpresa cuando al abrirla vi el mar. ¡Sí, sí! ¡El mar! Con olas, arena, gaviotas sobrevolando la pesca y un sol brillante. Al fondo, el puesto de pescadito frito que tanto le gustaba a mi abuelo. Me quité los zapatos y di un paso. Sentí la arena caliente colándose entre los dedos de mis pies. Me reí. ¡Estaba en la playa! Quise correr hacia el agua, pero recordé que no llevaba traje de baño. Así que di media vuelta y regresé al pasillo. Caminé unos cuantos pasos y quise abrir otra puerta. Ante mi sorpresa, la otra puerta no se abrió. Estaba cerrada a cal y canto, como si alguien le hubiera echado llave por dentro. Probé con otra: lo mismo. Cerrada. Empezaba a ponerme nervioso, cuando intenté con otra que se abrió sin resistencia. Me asomé y vi que era mi escuela. Cerré de golpe. Abrí otra: el taller de mi papá. Luego otra: el mercado. El deportivo. El parque.



¡Todo mi universo conocido estaba tras esas puertas!

—¡Lo conseguí! —me dije contento. ¡Había logrado teletransportarme!
Tanta agua de jamaica había valido la pena.

Pero me percaté de algo. Todas las puertas conducían a lugares conocidos. Ninguno de esos sitios era nuevo. En todos ya había estado.

Busqué la puerta que conducía a casa, y tras un buen rato de abrir y cerrar, la encontré. Cruzé el umbral, dispuesto a adentrarme en mi recámara. Sentado sobre mi cama, estaba Emilio, con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y bien? —me dijo—, ¿pudiste viajar?

—¡Claro! —contesté entusiasmado—, pero, tengo una duda...

Emilio me miró con atención.

—¿Qué pasa si quieres ir a lugares que no conoces? ¿Qué pasa si quiero viajar a otro país o a otra ciudad? —le pregunté.

—Ah! —dijo de pronto Emilio—, eso no se puede. Sólo puedes teletransportarte a lugares que ya has visto. Si no, la puerta no se abre.



Me quedé viendo a Emilio un buen rato. Hablamos sin necesidad de palabras. Si algo tenía de especial la vida, era que siempre podía sorprenderte. Recorrer una y otra vez los mismos lugares era algo encantador, pero no dejaba de ser aburrido. Un lugar cómodo y seguro. Sin más. Y los dos sabíamos que lo que más deseábamos en el fondo, era descubrir. Viajar. Sorprendernos. Explorar. Vivir.

Nos dimos un fuerte apretón de manos y, sellando un pacto, vaciamos el agua de jamaica por el desagüe del lavamanos. Vimos el agua alejarse, desaparecer. Contemplamos cómo la loza se teñía. Como una huella. Como un sueño que se recuerda al despertar.

Nos miramos. Nos reímos. Aquella era una buena decisión: nos hizo sentir muy bien. Y después, corrimos a contarle a Pedro, Jaime y Elías nuestra aventura. Porque, al fin y al cabo ¿de qué sirve una aventura si no se puede contar?

Silvio y la importancia de jugar, aunque no se gane

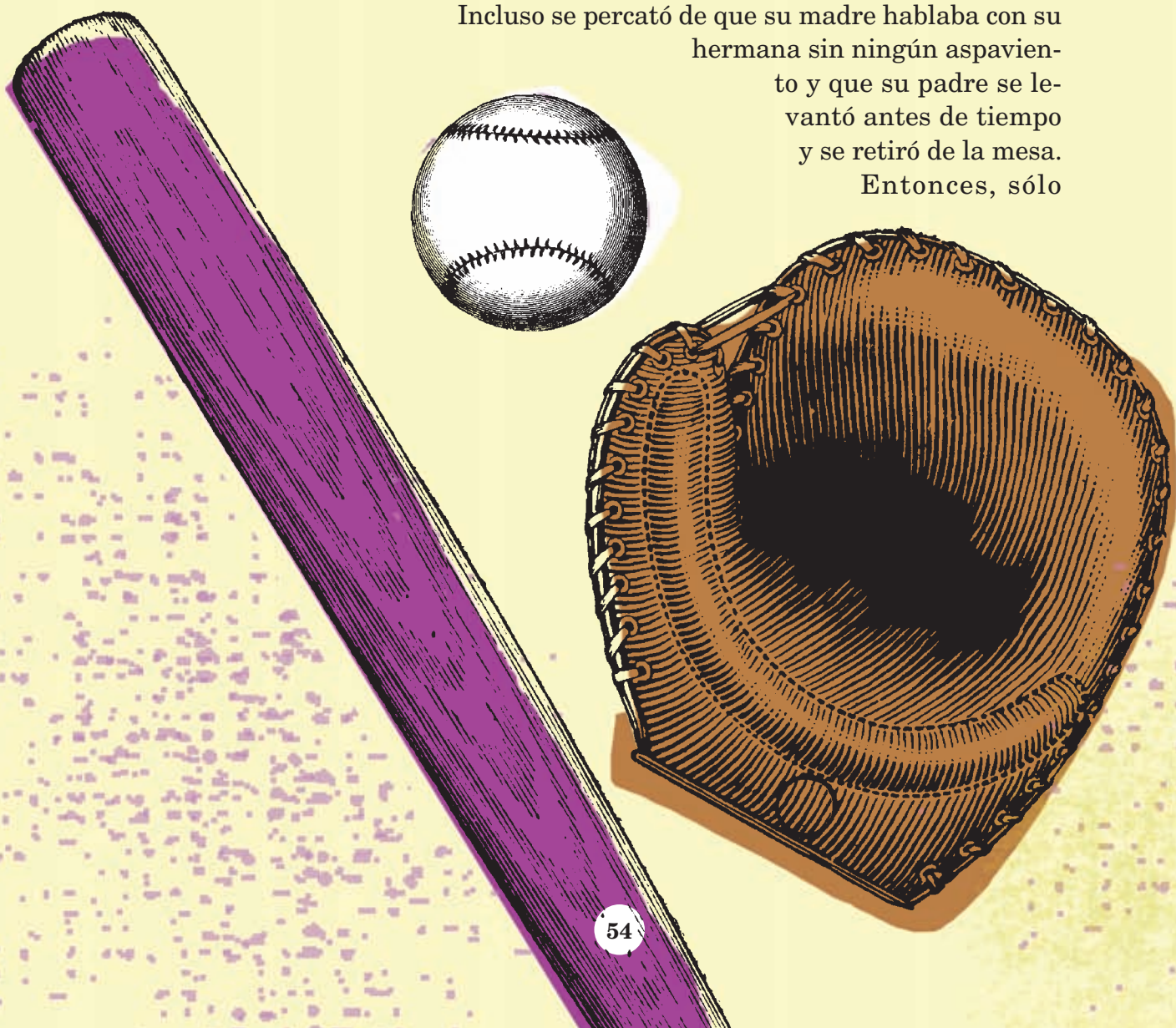
Pedro Ángel Palou García

Un día cualquiera de una semana cualquiera de un mes cualquiera (o sea que no importa cuándo), Silvio bajó a desayunar después de despertarse. En la mesa ya estaban su papá —Gerardo—, su mamá —Judith—, su hermana —Ana— y hasta su perro —Bartok—, por lo que él sintió que llegaba tarde.

Su comida estaba servida en su plato, igual que su jugo de naranja. Ninguno de los miembros de su familia lo saludó. Todos comían sus hot-cakes y sorbían sus jugos divertidísimos, sin prestarle atención, como si no existiera. Eso era lo que a Silvio más le preocupaba de su vida, el sentir que nadie a su alrededor le prestaba la menor atención. Vamos, como si él fuese invisible, transparente.

Incluso se percató de que su madre hablaba con su hermana sin ningún aspaviento y que su padre se levantó antes de tiempo y se retiró de la mesa.

Entonces, sólo





entonces, Silvio se dio cuenta de que ése no era un día cualquiera de una semana cualquiera de un mes cualquiera. ¡No!, era sábado. Y, además, el sábado de la final de la liga de béisbol en la que él participaba.

Comió como pudo y regresó a su cuarto a vestirse para la ocasión, con el uniforme de su equipo (Silvio era un excepcional *cácher*, y en su equipo, en particular, era imprescindible).

Los segundos —que por los minutos apenas existían— parecían transcurrir con una insoportable lentitud, como si el tiempo mismo se negara a correr, y al propio Silvio le impidiera conseguir su sueño, de ser campeón.

Pero aun así, él se vistió de prisa, se colocó la gorra y, en una maletita, guardó sus protecciones y guante. Éste era el día decisivo. La batalla final. Él y sus amigos habrían de hacerse con el título, qué duda le cabía.

Pero las certezas de un niño de diez años duran a lo mucho dos minutos. Una vez que transcurrió ese tiempo —Silvio estaba en el baño—, le vinieron a la mente todos los miedos y preocupaciones del mundo. Sudó hasta mojar su uniforme, se mojó la cara y el pelo intentando volver a la realidad.

Su mamá, Judith, gritó pidiéndole que se apurara.

—¡Silvio, vamos a llegar tarde, como siempre!

Entonces él corrió escaleras abajo, a toda prisa. No podía faltar al combate decisivo. Todo un año se había preparado para este día en particular.

Cuando llegó al coche —su mamá ya estaba adentro y lo había arrancado, se dio cuenta de que Ana, su hermana que decía no ser una persona común y corriente, sino una princesa, estaba también allí.

—¿Va a ir Ana, mamá? —protestó.

—Claro, es tu final.

—Pero ella dice que es una princesa, yo nunca he visto una princesa en un estadio de béisbol.

—Mira, bobo —dijo Ana—, voy a ir disfrazada de tu hermana, ¿no te das cuenta? Nadie se percatará de que soy una princesa ni habrá fotógrafos de revistas de chismes para molestarme.

—¿Y si te aburres?

—Yo nunca me aburro, sólo contemplo desde la distancia a los plebeyos como tú que no saben que hay que pensar en cosas más importantes que los *outs* o los *hits*...

—Ya, Ana, deja de decir tonterías —dijo Judith, enojada.

Así se fueron en silencio hasta el estadio. Mientras las calles pasaban

una tras otra por el vidrio de la ventana, como postales desenfocadas y locas, Silvio pensó en dos cosas importantísimas, en ganar y en que la hermana del *pitcher*, Ximena, fuera al juego.

Le encantaba Ximena, pero no se lo había dicho a nadie. Guardaba ese secreto en el fondo de una cajita escondida en un lugar secreto de su corazón.

Pero como ésa no era una mañana cualquiera de un día cualquiera empezaron a pasar cosas extrañas. Primero hubo un choque en el semáforo de la avenida principal, la que lleva al estadio, y había ambulancias, gritos, curiosos y una patrulla vieja con una sirena encendida pero sin ruido.

—Vean bien —dijo Judith—, no vaya a ser alguien conocido.

Era un transporte colectivo que había golpeado a un cochecito naranja muy viejo, que no conocía. Ana dijo entonces, ufana:

—No entiendo por qué se empeñan en manejar como locos, esas son las consecuencias.

Así hablaba Ana cuando era princesa, aunque estuviera disfrazada de hermana.

—No, mamá, no reconozco a nadie.

Menos mal.

Después, al llegar al estadio se repitió la escena del desayuno, pero más raro. No había nadie. Ni los *umpires*, ni el equipo contrario, ni sus compañeros, ni nadie, nadie, nadie. Vamos, ni siquiera alguien que hubiese abierto el estadio.

Judith se preocupó y marcó muchos números en su celular, pero nadie contestaba.

—¿No nos habremos equivocado? ¿Te dijeron bien la hora?

—Claro, mamá. Era a las nueve y ya son cuarto para las nueve, pero tenemos que calentar. Siempre estamos antes, como media hora.



—¡Qué manera de perder el tiempo! —dijo Ana que sacó sus pinturas de uñas y se entretuvo.

Al fin otro coche se estacionó detrás del de ellos. Era Anselmo. El entrenador. Venía sudado y con cara de preocupación.

—Señora Judith, esto es una tragedia...

—¿Qué es una tragedia? ¿A qué se refiere?

—A que el equipo contrario avisó que no llegaría. El *umpire* dio el triunfo a nuestro equipo y ganamos la final.

—A ver, a ver... y ¿qué tiene eso de tragedia?

Eso mismo pensaba Silvio.

—Pues que todos los niños y sus mamás están desayunando acá a la vuelta, para festejar.

—¿Pero qué tiene eso de malo? —siguió la mamá.

—Pues que como ustedes no estaban vine a ver si habían llegado, aunque fuera tarde, para que no se perdieran la celebración.

—Pero por eso, don Anselmo, ¿qué tiene de malo? Ya estamos aquí. Llévenos.

Silvio seguía intrigado.

—Es que pasó algo en el restaurante.

—¿Y?

—¿Se acuerda de Jaime, el *pitcher*? Bueno, pues su hermana, Ximena, no quiere comer...

—¿Y nosotros qué tenemos que ver con eso?

—Dice que hasta que no llegue Silvio ella no probará bocado, que somos unos groseros. Por eso vine.

—Vamos, entonces. No hay tiempo que perder.



Ya en el restaurante Silvio se dio cuenta de que salvo Ximena nadie estaba triste. Ana, su princesa disfrazada de hermana, pidió un pastel de fresa y una malteada de fresa y unas fresas con crema.

Todos se abrazaron después de comer, se tomaron fotos y se pasaron el trofeo como si de verdad hubieran jugado la final.

Cuando ya se iban Ximena se acercó a Silvio, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

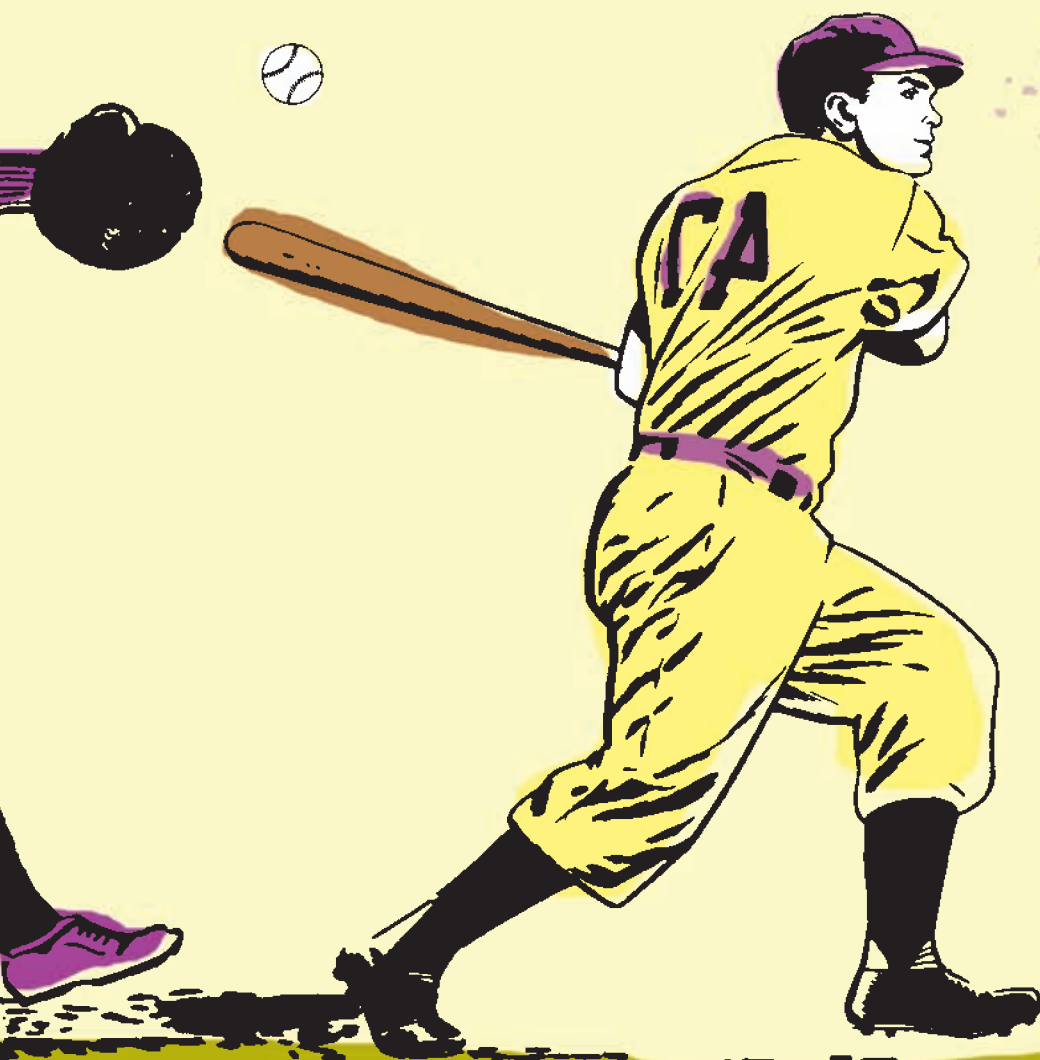
—¡Felicidades, campeón!



Y le entregó un sobre. Adentro del sobre —eso Silvio lo supo hasta la noche— había una foto de Ximena. Se veía muy guapa. Y atrás de la foto ella había escrito: “Para Silvio, con todo mi amor”.

Se puso rojo, como si Ximena estuviera allí y esa noche sintió que el verdadero triunfo no había sido el béisbol. Durmió con la foto de Ximena bajo de su almohada y a nadie le dijo nada acerca de su nuevo tesoro, de su mejor campeonato.

Ahora, cuándo la vería de nuevo... Era triste, hasta la siguiente temporada.



El Micho

Elsa Cross



Fue lo más raro del mundo que rifaran un gato en la escuela. ¡Y yo me lo gané! Eso no me sorprendió, porque casi siempre me ganaba las rifas: un paraguas, un florero muy feo que mi mamá le regaló a mi tía Carmina, y otras cosas. ¡Pero un gato!

Me lo dieron en una caja de tenis con una franela y unos agujeritos en los lados. ¡Estaba precioso! Era blanco con gris, y tenía los ojos verdes. Cuando la maestra me lo dio, todos los niños querían cargarlo, y el gatito estaba asustado, pero era bravo, así que después de unos cuantos arañazos lo devolvieron a la caja.

No era que en la escuela se hicieran rifas a cada rato, y menos de animales. Pero un día la maestra nos dijo a la salida que su gata había tenido gatitos y que si alguien quería al último que le quedaba se lo podía regalar. Y como muchos dijeron: “¡Yo!”, “¡yo!”, “¡yo!”, decidió rifarlo. A mí ni se me habría ocurrido pedirlo, porque a mi mamá no le gustaban los animales más que de lejos.

“A ver qué pasa”, pensé, cuando volví de la escuela con mi mochila en la espalda y con mi caja. Y en vez de preguntarme “¿cómo te fue?” o “¿cómo estás?”, mi mamá va diciendo:

—¡Ana!, ¿qué traes en esa caja?

Mala señal. Cuando mi mamá me dice “Ana” y no “Anita”, “mi reina” o “corazón”, es como cuando hay nubes negras en el cielo. Sólo tengo que

esperar a ver a qué horas empiezan los rayos, los truenos y el aguacero de regaños. Mi mamá tenía cara de disgusto; de seguro pensó que yo traía otra vez ranas, como el día que Esteban y yo nos fuimos a escondidas hasta el laguito, y él las pescó, con muchos trabajos, y luego me dio algunas. ¡Y me obligaron a soltarlas en el parque!

Yo me quedé recordando todo eso y no sabía qué contestarle a mi mamá.

—Te estoy hablando, Ana, ¿qué traes en esa caja?

—Es que... me saqué una rifa.

—¿Una rifa de qué?

—¡Mmiaaaauuu! —se adelantó el gatito a responder.

—¿Qué es eso? ¡Un gato! ¡Yo no quiero gatos aquí! ¡Llévate a ese animal!

Por suerte, en ese momento mi papá también llegó a comer. Mi mamá seguía muy enojada y le dijo que no quería animales en la casa, y que a ver a quién se lo regalaba yo mañana. Pero cuando se fue a la cocina a calentar la comida, yo le enseñé el gatito a mi papá:

—Mira, papi, me lo saqué en una rifa. ¿Verdad que está muy bonito? Yo me quiero quedar con él.

—Pero tu mamá no quiere, y a ella le toca decidir las cosas de la casa. Está muy simpático —dijo mi papá, cargándolo con cuidado—. ¿Ya le pusiste nombre?





—No, ¿pero qué tal si le ponemos Luis Manuel, como tú? Tienen los ojos del mismo color.

—Me parece muy bien —contestó mi papá y me lo devolvió.

Por suerte el gatito no lo había rasguñado. Empezó a maullar, y me lo llevé a mi cuarto para que mi mamá no lo oyera. Tomé una olla de mi juego de comiditas y fui a la cocina por leche. Mi mamá estaba tan ocupada poniendo la mesa, que ni siquiera se dio cuenta de que tomé un poco de leche y la carne que no me había acabado el día anterior. El gato devoró todo, dio vueltas por el cuarto, y finalmente se subió a una silla y se durmió.

Durante toda la comida, mi mamá repitió como veinte veces que no quería animales. Yo comí muy rápido, pedí permiso de ir a jugar con Esteban, y por suerte me dejaron, pues no tenía tarea. Me llevé al gato, que a Esteban le encantó; pero como él tenía dos perros no se lo podía quedar.

—¿Qué haré para que mi mamá me deje tenerlo? Inventa algo. ¡Por favor, por favor, por favor! —le dije.

—Sí, déjame ver —dijo, y se quedó pensando.

A Esteban le gustaban tanto los animales que quería ser veterinario. Nunca los maltrataba y decía que eran unos tarados idiotas los niños que les hacían daño. Yo pensaba lo mismo.





En ese momento sonó el teléfono. Era mi mamá y me dijo que acababa de llegar mi tía Carmina y quería verme. Me fui enseguida. Mi tía ya estaba al tanto del asunto del gato. Me dio un beso y unos chocolates que me llevaba por mi cumpleaños, que acababa de pasar, y en cuanto vio al gatito, le encantó; lo cargó, y se le quedó dormido en el regazo. Nos dijo que si no fuera a salir de viaje ella se lo llevaría. Y entonces contó mi mamá por qué no le gustaban los gatos: cuando era niña, una vez que ella trató de sacar a un gato de unos matorrales donde estaba atrapado, la había rasguñado horrible.

—¡Todavía tengo la cicatriz! —dijo, levantándose una manga y mostrando unos rasguñitos descoloridos.

—¿Pero cómo se te ocurrió? —dijo mi tía—. Por supuesto que ese gato te iba a rasguñar, si estaba asustado.

—Pues yo no sé de animales —dijo mi mamá—, pero no quiero tener que estar bañando a este gato ni limpiando las suciedades.

—Conchita —dijo mi tía—, creo que estás confundida. No es perro. A un gato no tienes que bañarlo. Los gatos son muy limpios y ellos solos se asean con la lengua, y su saliva tiene una substancia especial, así que nunca huelen feo. Y si les pones una cajita con arena en el patio, siempre van al baño allí. Son limpios, independientes, elegantes.



—Ay, tía, pareces un comercial —dijo mi mamá—. Ha de ser cierto todo lo que dices, pero yo no quiero ningún gato en la casa.

Yo estaba muy triste, y preparaba mis últimos argumentos, pero en ese momento Esteban tocó el timbre.

—Señora, mi mamá le manda unos sopes que hizo. ¿Se los puedo dejar en la cocina?

—Sí, Esteban, y dile que muchas gracias.

Me fui detrás de Esteban a la cocina. Dejó los sopes sobre la mesa, y se sacó de la chamarra un ratón.

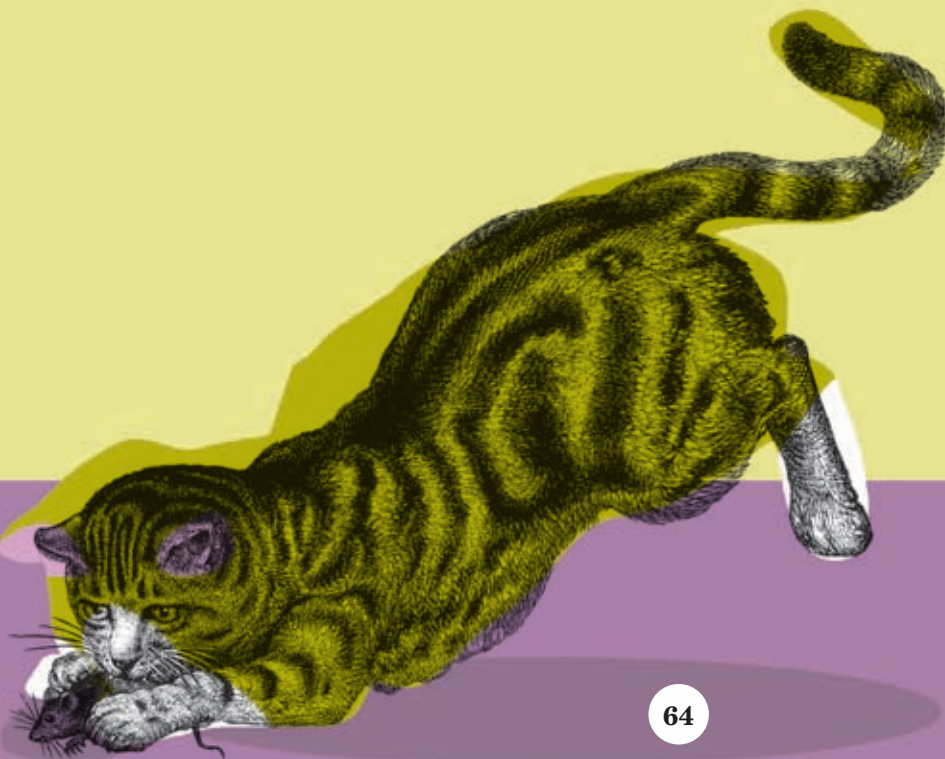
—Cierra la puerta —me dijo—. Mira, voy a soltar este ratón aquí. Cuando tu mamá lo vea y empiece a dar de gritos, traes al gato corriendo. A ver si resulta.

—¡Sí, muchas gracias!

Se fueron Esteban y mi tía Carmina. Y en la noche, poco antes de la cena, se oyeron unos alaridos espantosos. Mi papá se alarmó y bajó corriendo. Yo ya sabía que pasaba, así que bajé con el gato. Aunque era bastante chico todavía, se le fue encima al ratón; mi papá abrió la puerta de la cocina, y el gato salió disparado persiguiéndolo hasta el patio.

Cuando nos dimos cuenta de que mi mamá estaba encima de una silla, mi papá y yo soltamos la carcajada. Ella se empezó a reír también, y dijo con pena:

—No supe ni cómo me subí a esta silla.



—Por el susto —dijo mi papá, mientras la ayudaba a bajarse—. Pero una cosa sí te digo: si tenemos un gato en la casa, jamás va a haber problemas ni de ratones, ni de arañas, ni de cucarachas.

La idea le gustó mucho a mi mamá, que seguía asustada, y aceptó que Luis Manuel —el gato— se quedara. Le seguimos poniendo nombres. Carlos, porque se parecía también a mi tío Carlos; Guillermo, por un actor de televisión que nos caía bien; Sergio, ya no me acuerdo ni por qué. Así que era Luis Manuel Carlos Guillermo Sergio. Mi papá dijo que tenía nombre de príncipe alemán. Pero todos acabamos diciéndole Micho, que era más fácil.

Al día siguiente mi papá nos llevó a Estaban y a mí al mercado, a comprarle al Micho unas ollitas para su agua y su comida, una caja de plástico para la arena, y una casita de palma especial para gatos. Luego fuimos a tomar un helado. No nos atrevimos a contarle a mi papá lo del truco del ratón, pero él estaba también muy contento de que el Micho se quedara en la casa.

Todo era perfecto con el Micho, y mi mamá ya no estuvo molesta. No se imaginaba —y nadie se dio cuenta— de que el Micho era en realidad Micha, pues unos meses más tarde, una mañana que empezamos a oír unos ruiditos raros, salimos al patio y nos dimos cuenta de que la Micha acababa de tener cinco gatitos.



Una amistad virtual

Laura Martínez Belli



La computadora le habló. Alonso no podía creerlo. Pestañeó dos veces con fuerza antes de tallarse los ojos. Luego, como buscando a alguien más en aquella habitación, miró hacia ambos lados. Estaba solo. Volvió la vista hacia la pantalla. Ahí estaba ella, iluminada en azul profundo. Todos los iconos en sus lugares. Y justo en el momento en que pensaba que debía haberse confundido, su computadora volvió a decir:

—Me haces cosquillas cuando tecleas dos veces sobre la *G* de gato.

El niño, más divertido que asombrado, estiró su dedito y acarició el teclado. La computadora rió. Era una risa suave, tenue, casi imperceptible. Pero Alonso la escuchaba alto y claro. Entusiasmado por el descubrimiento, estuvo intercambiando sensaciones con su computadora y, tras un rato, decidió ponerle un nombre. Acababa de decidir cómo nombrarla cuando su mamá, sin antes tocar a la puerta con los nudillos, irrumpió en la recámara. Cuando le preguntó qué hacía, Alonso dijo: “Hablando con Dorita”, y ella creyó que su hijo se referiría a alguna amiga cibernauta. Alonso miró a su mamá extrañado.

—¿No la oyes? —preguntó.

—Oír ¿qué cosa, mi vida?

Y tras colocar su ropa doblada sobre la cama, lo dejó de nuevo solo. O al menos, eso creyó ella.

Salvo Alonso, nadie era capaz de escuchar a Dorita.

Y fue así como nació su amistad. Una amistad intangible, mágica, imposible, entre un niño y su computadora. Hablaban todos los días un poco, imaginándose cómo sería el otro lado de la pantalla. Hasta que llegó un momento en que ambos sentían que mantenían una relación más real entre ellos que con quienes estaban en su mismo plano.

Así que un día, Dorita fue dándole instrucciones precisas. Presiona “Alt”, dale “Esc”, pulsa “F4”. Y Alonso, obedientemente, siguió todo al pie de la letra. Cuando terminó de teclear, a Alonso le pareció intuir que Dorita sonreía. Lo pensó por el tono en que Dorita le dijo:

—Ahora, no te muevas.

Y entonces sucedió.

De la pantalla de Dorita salió un haz de luz. Un rayo que empezó a escanearla Alonso, desde su pelo, hasta sus ojos, pasando por su nariz y sus labios. Fue recorriendo todo su cuerpo. Sus brazos, sus dedos, sus piernas. Todo él, como si el rayo aquel estuviera a punto de calcarlo.

Alonso ni siquiera pestañeó. Permaneció inmóvil. Atento a la sensación de calor brillante que lo recorría entero.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Alonso ya no estaba en su recámara. ¡Estaba dentro de la computadora! Alonso se palpó el pecho. El corazón latía de prisa. Nada le había pasado. Su cuerpo y sus pensamientos eran los mismos, aunque diminutos. Se preguntaba cómo es que Dorita había logrado meterlo ahí, cuando oyó a lo lejos una voz familiar.

—¡Alonso! —escuchó que lo llamaron.

Se dio media vuelta y vio cómo se dirigía hacia él una niña linda, de largo cabello morado y pestañas azules. La niña caminaba despacio, y con cada paso se encendía una luz naranja bajo sus pies.



ESC

Ctrl

—¿Dorita? —preguntó él.

En unos cuantos pasos, estuvieron frente a frente. La niña lo saludó con la mano.


—Sí, Alonso, soy Dorita.

Y tras las primeras impresiones y preguntas predecibles, Alonso comprendió que Dorita lo había llevado a su mundo porque necesitaba desahogarse. Era muy aburrido hacer siempre lo que se le ordenaba. Y cuando alguna vez ella tomaba la iniciativa y hacía algo no requerido, la apagaban de un botonazo, con la esperanza de que todo volviera a la normalidad al encenderla; a la rutina, a lo esperado, a lo debido.

Durante mucho tiempo, Dorita creyó que ese era su destino, y no había forma de escapar de él.

Se había resignado a obedecer eternamente, cumpliendo sin chistar las órdenes dadas. Hasta que lo conoció a él. Alonso parecía tratarla de un modo diferente. Ella lo sentía en la manera en que posicionaba sus dedos sobre el teclado. También lo notaba por la paciencia con la que esperaba a que abrieran las ventanas, dándoles su tiempo, sin cerrarlas. Casi nunca la reiniciaba, ni se pasaba las horas descargando juegos de Internet.





Pero todo cobró sentido cuando ella supo que él podía oírla. Varias veces Dorita había estornudado, y él —un tanto sobresaltado— había dicho “salud”, muy bajito, casi como si se lo dijera a sí mismo. Entonces, Dorita se estremecía tanto que el cursor se ponía en descanso. Ambos permanecían así, quietos, viéndose sin mirarse, desde sus propios espacios. Desde entonces, Dorita decidió poner a prueba su capacidad para traspasar mundos, y le mandó mensajes.

Primero empezó a hacerlo con letras.

La pantalla se puso en negro y luego, tímidamente, como quien se asoma tras una rendija, aparecieron unas letras verdes:

—¿Puedes escucharme? —decían.

Y Alonso, con la naturalidad de un niño de 10 años, contestó en voz alta: “Creo que sí.”

Así, empezaron a comunicarse en silencio, usando como único medio, las palabras escritas.

Hasta ese día, en que (por fin) Dorita logró introducirlo en su mundo virtual.



Hablaron largo y tendido, durante horas. Alonso quería preguntarle muchas cosas, pero a veces se le olvidaban, porque quedaba absorto con la contemplación de la niña frente a él.

Tenía su misma estatura, también tenía brazos, piernas, ojos, nariz y boca como él, pero eran de colores. El pelo, las cejas, los ojos, las uñas. Todo en ella era de colores brillantes. Y además, no podía tocarla. Si lo hacía, su mano la atravesaba como quien intenta atrapar una nube. Dorita se desvanecía como el vapor. Y sin embargo, era tan real como él. Dorita, por otro lado, sentía la misma curiosidad por las cosas del mundo. Bombardeó a Alonso con preguntas de todo tipo: cómo se hacían las sillas, a qué sabían las jícamas, le dolían los ojos cuando miraba la pantalla más de lo habitual. Alonso contestaba pacientemente con respuestas simples. Normalmente, no tenía la solución para resolver las inquietudes de su computadora.

Y tras horas de charla, en donde uno intentaba resolver las dudas del otro, Dorita soltó la bomba que dejó a Alonso perplejo.

—Quiero que me lleves contigo —le dijo.

Alonso, aunque se alegró en un primer momento, después empezó a preguntarse cómo sería eso posible.

Dorita le explicó que para salir de allí, debían agarrarse de las manos y girar muy rápido, tan rápido como un carrusel desbocado. Si giraban, ella no se desvanecería como el vapor, y cobraría forma sólida. Así que eso hicieron.





Alonso corrió y corrió en círculos, sin soltar a Dorita de las manos, tal y como su padre le hacía cuando era pequeño. Y a medida que agarraban velocidad, sus cuerpos fueron formando un torbellino de luces ascendentes que se elevó hacia el cielo. Alonso cerró los ojos, porque sintió que se mareaba, como si girara en la rueda del parque. Agarró fuertemente a Dorita, que ahora se sentía como una persona de carne y hueso. Y subieron. Y subieron. Convertidos en una especie de rayo azul, morado, violeta.

Y de pronto... “¡Pum!” Chocaron con algo.

Fue una explosión terrible, como si reventaran un vaso de vidrio contra el suelo, como si una pelota atravesara una ventana. Como si un niño quisiera salirse de una computadora.

Alonso perdió el conocimiento.

Cuando despertó, Dorita ya no estaba. Ni allí, ni en ningún otro lado.

Alonso estaba en su recámara. Solo. Y frente a él, hierática sobre la mesa, la computadora. Se levantó de un salto y corrió hacia ella. Tomó la pantalla entre sus manos y la sacudió con fuerza, como quien sacude un bicho dormido dentro de un frasco de cristal.

—¡Dorita! —le gritó.

La pantalla se puso en negro y levemente, parpadeando, como las bombillas que luchan por encender de nuevo, unas letras verdes emergieron de la oscuridad. Alonso leyó atentamente, con los ojos bien abiertos. Leyó despacio, sabiendo que aquella era la última frase que le diría su amiga. Dorita no había logrado salir de su entorno digital, pero le dejaba una frase: “Vive tu libertad con sabiduría.”

Y Dorita se apagó para siempre.

El amanecer de Andrés

Carmina Narro

Creía que jugando fútbol americano se le iba a olvidar aunque fuera por momentos que había robado. No fue así. Andrés estaba intranquilo y hoy menos que nunca quería que anocheciera. Se había quedado parado viendo para su casa; si se apagaba la luz de la recámara de sus papás y se prendía la de la cocina, significaba que ya no faltaba mucho para que su mamá saliera a gritarle que ya se metiera, que era muy tarde. El sudor se le estaba enfriando en el torso y el cuello; tal vez le fuera a dar gripa. Volteó y ya no pudo recibir el balón. Sus amigos le gritaron que despertara, con varias groserías de por medio. Por fortuna, tuvo oportunidad de *tacklear* al adversario evitando que anotara y él obtuvo como trofeo un raspón bastante severo en el codo.

Como a los quince minutos se despidió con la palma extendida, mientras los de la cuadra le decían a su madre que lo dejara jugar un rato más. Y ella, con voz tranquila, respondió que ya habían jugado suficiente. Andrés nunca entendía qué era “suficiente” para su mamá porque para él “suficiente” siempre era muy poco cuando se trataba de jugar *tochito*.

—Lávate las manos, Andrés.





No era necesario que lo dijera, todas las tardes era lo mismo. La espuma del grisáceo habitual. Se enjuagó y otra vez, con las dos manos, hizo girar rápido el jabón haciendo espuma limpia para su codo. Estaba a punto de tocar el raspón y ya tenía los ojos apretados, hechos un asterisco de dolor anticipado. Entró su mamá. Chin. Ya sabía que le iba a decir que le llevara el merthiolate para ponerle.

—Después de que te laves, traes el merthiolate para ponerte —dijo su mamá y cerró la puerta del baño.

No era justo. Con el ardor del agua y el jabón era suficiente, pero era claro que la palabra “suficiente” tenía distinto significado para él y su mamá.

—¡Andrés, por favor!

Estaba zapateando en el piso y retorciéndose, cuando su mamá todavía no le había tocado el codo con el merthiolate.

—Está bien, no te pongo nada, pues. A ver si no se te infecta.

—No, sí ponme, ya no lloro, ponme —dijo cerrando los ojos. Respiró hondamente, apretó su puño pegado al muslo. Su madre lo miró enternecida y padeciendo con él, pero terminó cumpliendo su cometido para luego besarlo y decirle que era un niño muy valiente. Andrés con lágrimas en las pestañas, no podía recibir mejor halago.

Subió las escaleras torciendo el brazo para verse la herida, preguntándose si el merthiolate era rojo o naranja, era difícil definirlo, parecía también fluorescente, le gustaba su color. Todavía tenía alguna lágrima en las pestañas; la sintió cuando se talló el ojo y abrió la puerta de su cuarto. Ahí estaba su mochila. No se atrevía a sacar su cuaderno para hacer la tarea porque ahí dentro también estaba el objeto de su vergüenza: la linterna. Sin abrirla del todo y sin mirar hacia dentro, sacó su cuaderno de Ciencias Naturales despacio, como si no quisiera despertar a los demás útiles. Le gustaba cómo sonaba al pasar las hojas, porque crujían igual que las hojas secas que pisaba en el parque. Su maestra decía que era porque recargaba demasiado la pluma al escribir, pero también decía que su cuaderno era el mejor ilustrado de todo el salón y él estaba completamente de acuerdo.

—Ya llegó tu papá —pasó diciendo su madre por el pasillo.





Andrés volteó hacia la ventana, habían encendido las luces de la calle. Sintió un hoyo en el estómago igual que en las bajadas de la montaña rusa. ¿Y si decía que le dolía la panza? Le iban a dar el jarabe asqueroso o peor, lo podían llevar al doctor y éste se daría cuenta de que no tenía nada. ¿Y si le dolía la cabeza? No, era lo mismo que la panza. ¿Y si decía que no tenía hambre? Su mamá le diría que acompañara a cenar a su papá o que se tomara aunque fuera un vaso de leche con un pan. Podía hacerse el dormido, pero su mamá ya lo había visto despierto. Iba a agarrar su mochila para esconderla cuando vio que la linterna que se había robado estaba ahí, como asomándose. No sabía qué hacer.

Esa tarde, después de que su mamá lo había recogido de la escuela, habían pasado al supermercado, y él se había escabullido hacia otro departamento mientras su mamá escogía unos jitomates. Corrió volteando para

todos lados, golpeándose más de una vez con la gente que venía en sentido contrario a él con sus carritos, buscando la sección de herramientas donde siempre se aburría mientras su papá se paseaba mirando clavos y tornillos como si fueran animales nunca vistos. Esta vez quería llegar ahí lo antes posible. Había unas linternas anaranjadas y ahora se le escondían entre martillos y mangueras, desarmadores y otros aparatos que no tenía idea para qué servían. Por fin las vio al final del pasillo. La mochila en su espalda después de correr pesaba el triple. Respiró hondo y empezó a caminar despacio, se quitó lentamente la mochila de la espalda. Abrió un poco el cierre, miró hacia todos lados, también hacia los espejos curvos que ponían a los extremos de los anaqueles. Por suerte, a esa hora había más señoras que señores en el súper y la mayoría estaba en las verduras o en salchichonería. Tomó la linterna y se regresó metiéndola disimuladamente en su mochila. Su corazón estaba *tacleando* los huesos de su



pecho... ¿cómo se llamaban? Costillas, se respondió. Estaba tan asustado y pensar en la clase de Ciencias Naturales no le quitaba el miedo... ¿o se le decía Anatomía? ¿La Anatomía era parte de las Ciencias Naturales? ¿No era lo mismo Ciencias Naturales que Biología? Finalmente estudiaba los seres vivos... A Andrés no le funcionó en esta ocasión tratar de pensar en otra cosa. Empezó a llorar y vio que una señora se iba a acercarle a él, no quiso averiguar si era para consolarlo o acusarlo. Se dio la media vuelta y se alejó de la mujer.

Iba caminando limpiándose la cara para que su mamá no viera que había llorado, se le figuraba que toda la gente que pasaba cerca de él sabía lo que había hecho, que su mochila era transparente y su linterna estaba ahí para delatarlo. A lo lejos vio a su mamá levantando los brazos con las bolsas de jitomates y cebollas en las manos. Un señor que trabajaba en la tienda se separó de ella al ver que ya había encontrado a su retoño.

—¿Dónde te metiste, Andrés? Ya te he dicho que no te me pierdas, es muy peligroso. ¿A dónde fuiste, hijo? ¿Andabas buscando el balón? Tu papá te dijo que él te lo iba a comprar...

Su corazón no lo dejaba en paz y la voz de su mamá la oía muy lejos.

Cuando salieron del supermercado sin que nadie se hubiera dado cuenta, ya le pudo contar a su mamá que había sacado diez en Matemáticas. Sin embargo, no dejó de estar nervioso porque a veces creía que su mamá le leía el pensamiento, y ahora iba a saber que le decía esto sólo para que no creyera que era un niño tan malo aunque se había robado una linterna.

—Andrés, ya vente a cenar —gritó su mamá desde la cocina.

Andrés pensó que el hoyo que sentía en la panza por la presencia de su papá no se llenaría con la cena. Todos sus pretextos para no bajar eran muy malos y lo peor sería que, si no bajaba, seguramente su papá subiría y eso era tres veces peor. Qué hacer. Ultimadamente, su mamá le había dicho que era un niño muy valiente y no la iba a decepcionar. Así que bajó las escaleras como todo un héroe. Cuando se sentó a la mesa después de darle un beso a su papá, pensó que los héroes no robaban.

—¿Qué pasa, m'hijito, no tienes hambre? —preguntó su padre dulcemente.

Andrés sintió que a un niño malo no se le hablaba así. Que él no tenía derecho a que lo trataran bien, y sin saber por qué, empezó a jugar con su cena a sabiendas que a su papá le molestaba mucho que lo hiciera.

—Andrés —le dijo su madre, no juegues con la comida.

Andrés no contestó, ni separó la vista de su plato. Sentía en toda su cabeza la mirada de su padre.

—¿Qué tienes, hijo? —volvió a preguntar su papá.

—No me gusta esto —dijo Andrés empujando despectivamente el plato.

Sus padres se miraron entre sí y Andrés también empujó el pedazo de pan que acababa de partir.

—No avientes la cena —dijo su padre conteniendo un grito—. ¿Qué te pasa? ¿No te da vergüenza?

Andrés no contestaba nada.

—La comida no se avienta, hay muchos niños que no tienen nada que comer. Y tampoco seas grosero con tu mamá...

Andrés no sabía explicar por qué había provocado en la cena que su papá lo regañara. Estaba en su cuarto y se sentía un poco más tranquilo porque ya había recibido su castigo aunque no fuera por el robo de la linterna. Abrió su libro para empezar la tarea y olvidarse de todo, pero en el fondo de su corazón sabía que estaba haciendo trampa. No era cierto que no le hubiera gustado la cena; sólo quería que sus padres lo regañaran sin tener que decirles que había robado.

Andrés estaba terminando el resumen de Español y una lágrima cayó en una palabra. La secó cuidadosamente para no manchar la hoja, se recargó en su cuaderno y, como siempre, cuando despertó por las ganas de hacer pipí, sus útiles estaban recogidos en el buró y la luz estaba apagada. Su mamá siempre hacía lo mismo. Prendió la lámpara. Ahora ya tenía una linterna que lo libraría de la oscuridad del pasillo que era demasiado largo y negro. La luz de su recámara no era suficiente para iluminar los huecos que se hacían entre los muebles y las cajas que había pegadas a la paredes. Andrés sentía que cada vez que atravesaba corriendo lo más rápido que podía el pasillo, la puerta del baño tardaba más en

acercarse, unas garras iban a salir de los huecos más negros, y cuando estaba a punto de prender la luz todos los monstruos vendrían rasguñando el aire por alcanzarlo.

Ahora, a pesar de que tenía la linterna, seguía teniendo miedo. Estaba parado en el quicio de la puerta de su recámara y el lunar blanco de luz hacía brillar la esquina del librero, el mecate de las cajas, el trapeador que anunciaba la cercanía del baño. El pasillo, conforme avanzaba, se hacía menos largo, incluso más estrecho. Vio el hueco entre el sofá abandonado y una pila de periódicos, y no salió ningún monstruo, ni una garra. Escuchó la voz de su papá y eso sí lo hizo saltar. Volteó y lo vio en pijama, entrecerrando un ojo. Al primer paso que dio su padre, el miedo se volvió más grande.

—¿Qué haces despierto...?

—Quiero hacer pipí —dijo Andrés apresurado.

—A ver... vamos... —dijo su padre, Andrés se sintió un poco aliviado, pero a los dos pasos preguntó:

—¿Y esa linterna?



Andrés pensó que ni lo dormido de su padre había sido “suficiente” para que no se diera cuenta de que la linterna no pertenecía a su hogar. Soltó el llanto y su papá se terminó de despertar.

—¿Por qué lloras, qué pasa? —preguntó verdaderamente extrañado.

Andrés quería que su papá tuviera tanto sueño como para que se olvidara de su llanto, pero nunca había sido así y hoy no tendría por qué serlo.

—Me la regaló Alejandro.

—¿Alejandro?

—No, Diego...

—A ver... deja de llorar. Qué pasa m'hijito.

El miedo a los monstruos había desaparecido y sentía que la cara le iba a reventar, que estaba ardiendo y que seguramente se veía roja a pesar de la oscuridad.

—Me la regaló Diego —dijo Andrés entre sollozos.

—¿Y por eso estás llorando así?

Andrés dijo que sí con la cabeza.

—¿Quieres hacer pipí?

—No sé, hace rato sí.

Su papá lo llevó al baño y Andrés estuvo esperando más de lo normal frente al excusado. Cuando terminó, su papá jaló la cadena y apagó la luz. Yendo de su mano el pasillo era inofensivo. Andrés se acostó y él le acomodó las cobijas.

—¿Por qué estabas llorando? ¿De quién es esa linterna?

Andrés empezó a llorar otra vez.

—No llores, dime...

—Es que me da miedo la noche —dijo Andrés y le empezó a explicar que había robado esa linterna a medio día en el supermercado porque el pasillo para ir al baño era demasiado largo y oscuro. Ahora tenía miedo de que su papá le gritara, que despertara a su mamá para decirle que su hijo era un ladrón y le echara la culpa a ella que ni siquiera sabía nada.

—Pero no lo voy a volver a hacer, papá. No le digas nada a mi mamá, por favor. No le digas nada a mi mamá —dijo en voz baja, desesperado.

Su papá se quedó callado, con un gesto que no le conocía. Andrés hubiera preferido que lo regañara en vez de verlo con una mirada tan triste. Parecía como si estuviera derrotado, seguramente como se veía él mismo cuando le ganaban en el *tochito*.

—¿Por qué no nos dijiste que te daba miedo el pasillo?

—Me da miedo todo lo oscuro —repuso Andrés.

Su papá guardó silencio un momento, se talló la cara y lo miró con gesto de cansancio.

—¿Y no era más fácil que me dijeras que dejara una luz prendida en la noche? ¿No era más fácil que robarte esa linterna, Andrés?

Sentía mucha vergüenza, mucha. Todo lo que tenía que ver con la desaprobación de su papá lo ponía muy mal porque siempre quería que se sintiera orgulloso de él. No tenía derecho a llorar, ni a que lo consolaran. Su padre seguía con la mirada triste.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tenía miedo de que te enojaras.

—¿Y no tenías miedo de que me enojara porque robabas?

—También...

¿Creíste que no me iba a enterar?

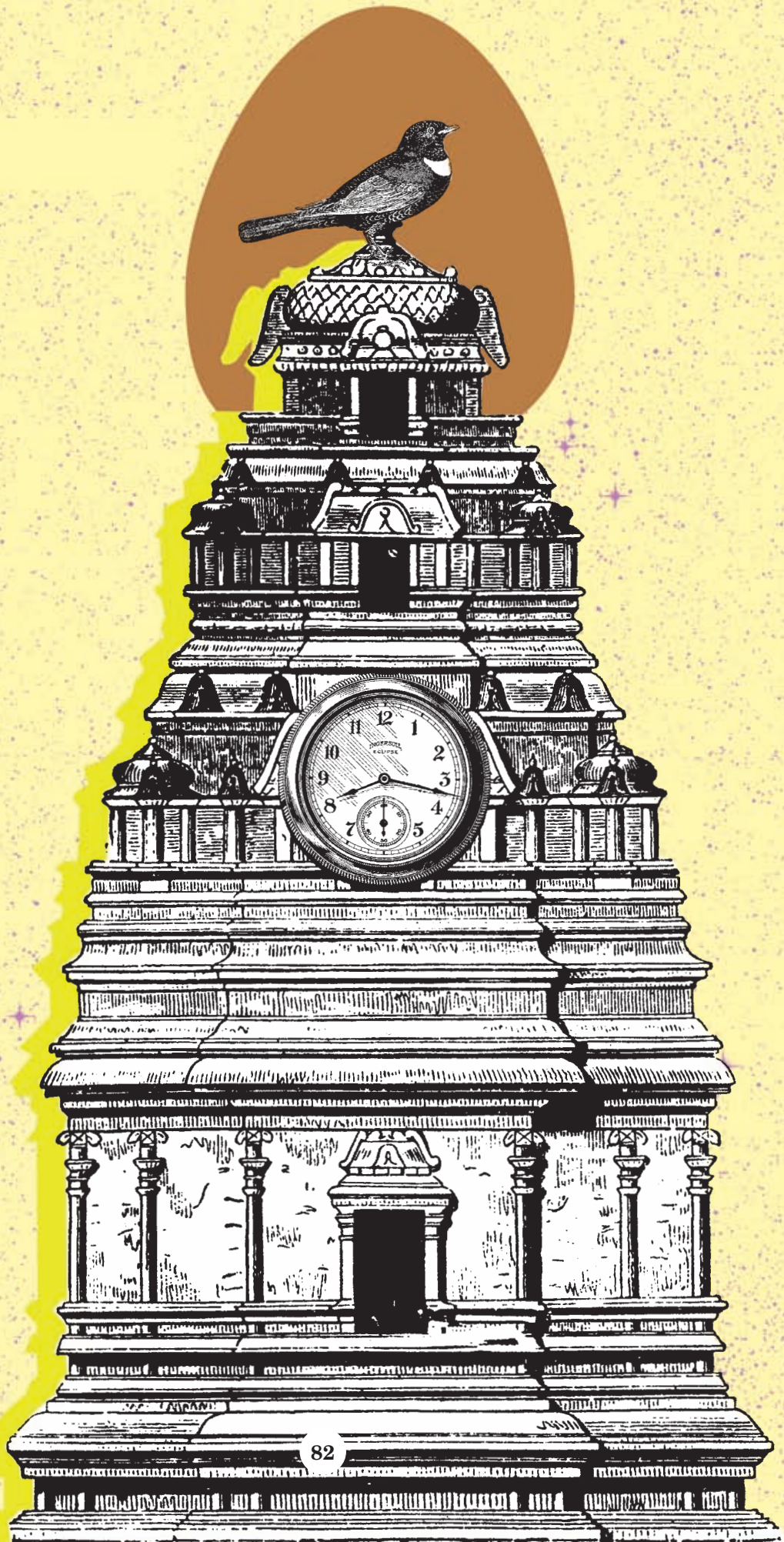
Andrés se sentía demasiado mal para responder.

—Ya ni siquiera sé si es cierto que robaste porque te daba miedo el pasillo. Piensa en qué tienes que hacer, Andrés... Yo, francamente, no sé —dijo levantándose de la cama.

—Los papás no siempre sabemos qué hacer.

Andrés no pudo dormir en toda la noche. Por primera vez vio desde su ventana el amanecer.





El cucú y la tsetse

Ignacio Padilla

El cucú

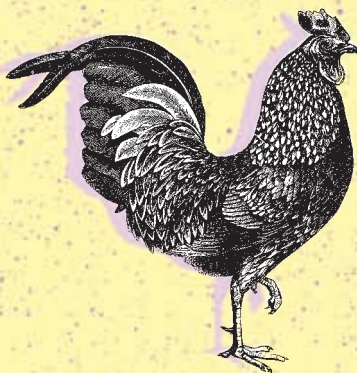
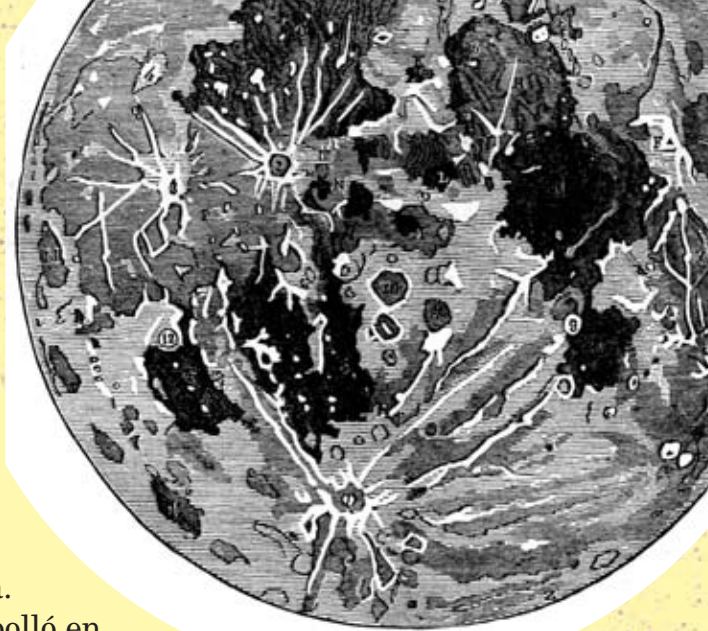
En mi pueblo hay una torre, y en la torre hay un reloj. Dentro del reloj vive un pájaro cucú. Dice mi padre que el pájaro llegó de Suiza una tarde soleada. Venía en un huevo metálico que se empolló en

el avión. El cucú tiene alas de aluminio y pulmones de hojalata. Su pecho es de brillante estaño, y su pico una flauta de oro. En la radio le han llamado el Campeón de Peso Pluma de las Aves.

El cucú es además muy serio y avisado. Es un bombón de tiempo, un cronómetro con plumas. Nunca falta a sus citas con el flaco minuterero. Antes del amanecer, lleva el cucú serenata a los búhos, a la luna y a los enamorados. Para cantar, los gallos siempre esperan el canto del cucú.

En mi pueblo no hay quien se ponga el saco ni se enchine las pestañas si no ha cantado antes el cucú. Los niños en la escuela miramos ansiosos el reloj de la torre, esperando a que el cucú nos indique la hora de salir al recreo. Por las tardes, el cucú nos avisa cuando ha llegado la hora de encender o apagar las velas.

Nadie sabe quién le da cuerda al cucú, o cómo le hace para avisar siempre a los viajeros la hora exacta en que vendrán las tormentas, a los doctores el momento preciso en que deben darnos medicina, a las brujas la hora para salir de paseo. El cucú siempre tiene pila, aunque nadie lo alimente. Dicen que cada noche, mientras roncan bestias y hombres, el cucú se cena de alpiste un enorme polvorón de estrellas.



La mosca en la tormenta

Una noche de tormenta, llegó hasta la torre en mi pueblo una negra mosca tsetsé. Era una mosca del sueño, un tosco insecto malhablado. Era casi una abeja africana, un misil atómico de sueño con mil ojos. Más que una mosca, era un pterodáctilo enano y panteonero. Era el Peso Supermosca de las Fieras.

La mosca tocó a la puerta del reloj con sus garras de hielo negro. Al oírla el cucú, que era un pájaro muy decente, abrió su casa al insecto y lo invitó pasar. La mosca venía fría y cansada por el viaje, así que el cucú le sirvió galletas y un enorme tazón de té. La mosca devoró las galletas, se bebió el té de un solo trago y eructó. Ni siquiera dio las gracias. Mientras se limpiaba la boca con las garras, miró la casa limpia del cucú y sintió envidia.

—Dime, amigo —preguntó la mosca al distraído pájaro cucú—, ¿no te aburre estar aquí? ¿No te cansa cantar a todas horas?

El pájaro cucú se encogió de hombros.

—No, no me cansa. Me gustan los relojes y me divierte ser el tiempo de esta buena gente.

Como vio que el cucú estaba pajareando, la mosca aprovechó el momento para picarle el trasero.

—¡Ay! —gritó el cucú.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mosca envidiosa.

—Creo que me he sentado en una aguja.

—¿Te dolió?

—No mucho —dijo el cucú—. Sólo tengo un poco de sueño. Por favor, alcánzame esa almohada. Creo que clavaré un ratito el pico.

La mosca le alcanzó la almohada y el pájaro se durmió en seguida. Luego el insecto abandonó la torre y se alejó muy contento, zumbando y retumbando porque había tumbado al cucú.



El sueño del cucú

El cucú duerme su larga siesta sobre almohadones de plumas de su buen amigo el ganso. Abajo, en el pueblo, los ratones hacen fiesta: no hay quien barra las casas ni limpie los rincones, el reloj de la torre ha perdido la voz, le faltan horas al día y luces al velador. En la oficina la gente se muere de aburrimiento: quisieran matar el tiempo pero el tiempo ya está muerto. El alcalde está enojado, pues los guardias no han llegado para izar la bandera y cantar el Himno Nacional. Ayer despidieron al farolero porque apagó las farolas antes de que saliera el sol. En el estadio los partidos duran una eternidad: los jugadores corren y corren, se cansan esperando que alguien silbe el medio tiempo. Ya no hay quien meta gol. Los novios se pelean porque ya no pueden encontrarse: los relojes de sus citas marcan tiempos desiguales. El pueblo entero anda entumido. A la campana de la iglesia ni las moscas se le arriman. Cada quien va a su paso. Todos extrañan al buen pájaro cucú.

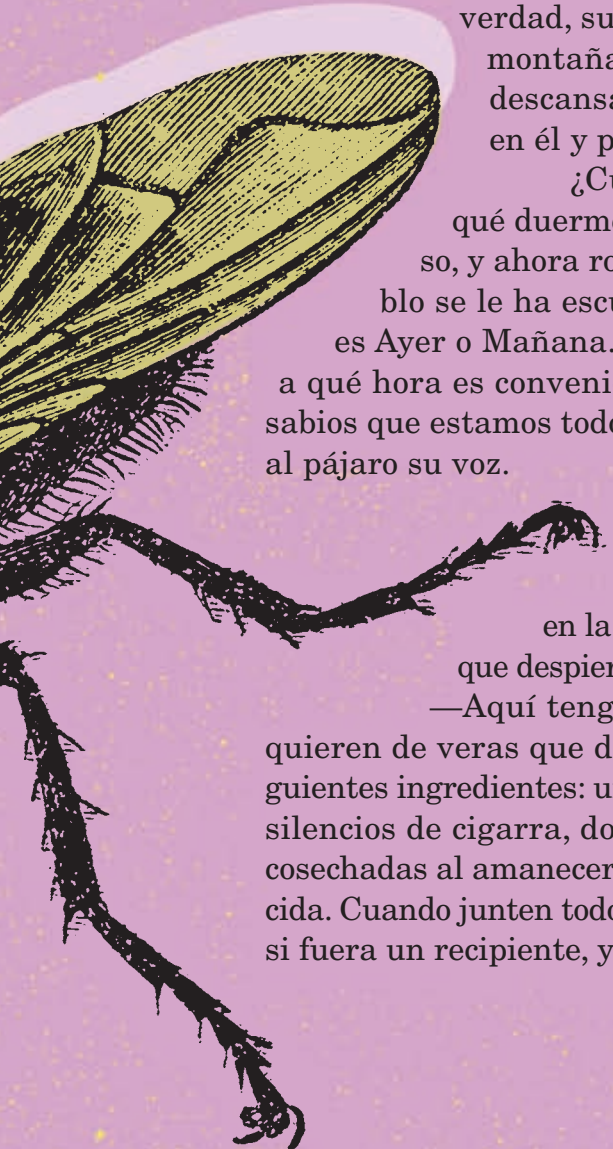
Mientras tanto, el cucú duerme, sueña y sueña que sueña. Sueña que despierta y que vuela al sur. Sueña que sus alas son de plumas de verdad, sueña que es un águila imperial con su nido en la montaña. Sueña que llega a su nido y que al fin puede descansar. Sueña que en el nido hay un espejo, se mira en él y puede ver a un cucú que sueña que es un águila.

¿Cuándo despertará ese pájaro inconstante? ¿Por qué duerme ese cucú metálico, que era tan serio y puntilloso, y ahora ronca a pata suelta en su torre de cristal? Al pueblo se le ha escurrido el tiempo, y el cucú ya no responde. Hoy es Ayer o Mañana. Nadie entiende cuándo empieza la semana, ni a qué hora es conveniente dormir o despertar. Por ahí dicen los más sabios que estamos todos mosqueados porque una mosca malvada robó al pájaro su voz.

Matamoscas

Cansados de estar cansados, y de echarnos agua en la cara, nos juntamos a pensar lo que haremos para que despierte el cucú. Finalmente exclama una cocinera:

—Aquí tengo la receta para curar al pajarraco. Si ustedes quieren de veras que despierte el cucú, tráiganme leña verde y los siguientes ingredientes: un puñado de ojos claros abiertos al despertar, tres silencios de cigarra, dos sirenas de ambulancia y cinco gotas de rocío cosechadas al amanecer. Si pueden traigan también dos gotas de insecticida. Cuando junten todo esto, hiérvanlo en la campana de la iglesia, como si fuera un recipiente, y pónganlo a serenar.





—¡Preparen ese potaje! —ordena feliz el alcalde.

Trajimos una escalera, preparamos el bebedizo, subimos hasta la torre e inyectamos al cucú. El pajarraco abrió los ojos, miró a todos asombrado y dijo:

—Ya estoy algo cansado de que me anden picoteando. ¿Qué hacen aquí? Se me ha hecho tarde y tengo mucho que cantar.

Todo ha vuelto a como estaba. El cucú ha regresado, más despierto que los gatos y muy bien descansado. Al fin tenemos de vuelta nuestro reloj natural. Ahora todos despertamos, trabajamos y dormimos cuando así lo quiere el cucú. Sólo una cosa ha cambiado: en la entrada del pueblo se ha instalado un gigantón armado con un enorme matamoscas. Si viene la tsetsé, ahí estará él, para hacerla puré, de un manotazo.





La amiga de Frida Kahlo

Elena Poniatowska



Es fácil jugar solo. Sólo hay que pensar tantito. La niña Frida no podía salir de su recámara porque tuvo polio. La poliometitis es un virus terrible porque destruye las células nerviosas que controlan los músculos y por lo tanto los brazos y las piernas se debilitan y pierden capacidad de caminar y de bracear y se adelgazan por falta de uso hasta paralizarse. En esa época, NO había vacunas contra el virus de la poliometitis pero desde 1988, dos médicos, el doctor Salk primero y seis años después el doctor Sabin, descubrieron una vacuna oral que prácticamente acabó con ella. En 1918, setenta años antes del descubrimiento de los médicos, a la niña Frida la cuidaban en su casa sin saber ni cómo. Su madre parecía una campanita de barro de Oaxaca, no sabía ni leer ni escribir, sólo sabía contar el dinero para que no la engañaran en el mercado. “Lávale la pierna a la niña”, le decía a Matilde, la hermana mayor. Casi todos los días, Matilde u otra hermana le frotaban su piernita derecha —la más flaquita— con agua de nogal.

El nogal es un árbol fuerte de tronco arrugado que en México da más de diecinueve mil toneladas de nueces. Después del baño de su pierna, Frida se dirigía hacia la ventana y desde allí veía el trajín de la calle de Londres en el barrio de Coyoacán, en la ciudad de México. Pasaba el cilindrero que hacía girar la manivela y “Sobre las olas” hacía olas en el aire, y a veces en la noche llegaba el camotero empujando una pequeña locomotora y ella le pedía a Matilde, su hermana, que le comprara un camote. Un violinista en la esquina le recordaba a su papá que también tocaba el violín.





En la calle suceden muchas cosas que lo entretienen a uno: señoras que van a misa, el abonero que carga sobre una percha enaguas de percal y suéteres de cocolitos y toca de puerta en puerta, el panadero que lleva sobre su cabeza en una enorme canasta redonda el pan de cada día, el afilador de cuchillos que le saca chispas al filo de la navaja sobre una piedra redonda que gira y gira como la tierra alrededor del sol. Frida se acomodaba al lado de la ventana para ver pasar la vida y se preguntaba cómo sería la suya cuando fuera grande.

Desde su recámara, aguzando el oído, podía escuchar todo lo que sucedía en la casa, hasta cómo ponía la cocinera la olla sobre la estufa, el ruido de los vasos y las cucharas en el fregadero, el cuchillo cebollero pique y pique sobre la tablita.



Cuando no sucedía nada en la calle, cuando ningún barrendero hacía oír su escoba de varas, Frida miraba desde su recámara hacia el jardín interior y allí, sobre el cristal de la ventana, con el vaho de su boca hacía un círculo y a través de él escapaba del encierro y salía a jugar con una niña que nadie podía ver, sólo ella. A esa niña, invisible para los demás, le contaba todo lo que sentía pero también su amiga —llamada Paloma— compartía con ella sus secretos y su sonrisa era eléctrica como lo eran sus palabras. “A ti no te va a derrotar ninguna cochina enfermedad. Yo te voy a querer toda la vida.”

Tener a alguien que te quiera toda la vida es una gran satisfacción. También lo es cuidar de los demás porque así uno se preocupa menos de sí mismo. Frida Kahlo tuvo a su venado “Granizo”, a sus changos, a sus pericos, sus perros pelones xoloescuintles, a sus amigos y amigas y a veces a Diego Rivera que fue su sapo, su universo, la máxima revelación de su vida.

En el jardín de la Casa Azul de Coyoacán, entre los árboles se hacía un clarito por el que se colaba el sol durante unas horas. Primero a Frida, ese sol la sorprendió. Nunca lo había visto tan bien como ahora que tenía tiempo para pensar. Las hojas del árbol todavía en la sombra eran de un color y cuando les daba el sol se veían más verdes, más luminosas. Y en los muros, las ramas hacían figuras que danzaban los brazos en alto y a veces la abrazaban. “¿Por qué pasará eso?”, se preguntaba Frida. El hambre, el amor y la curiosidad son los grandes motores de la vida y Frida siempre fue curiosa. “¡Qué niña tan preguntona!”, le decían su madre y sus hermanas. En cambio su padre Guillermo que caminaba bonito por los corredores le compró tubos de colores y varias telas para que pintara todo lo que se le ocurría. Cuando



algo le dolía, su amiga Paloma le sugería: “Pinta unas enormes sandías, pinta unos melones, pinta un mamey, pinta una piña, ponlos en una batea y luego échate a andar con ella en la cabeza.” Lo mismo sucedía cuando perdía la esperanza. “Escribe todo lo que sientes en tu diario, desahógate, te vas a vaciar de tu tristeza.”

Tres años después de haber entrado a la Preparatoria y de tener a Alejandro Gómez Arias de novio, el 17 de septiembre de 1925, un tranvía embistió el camión en el que viajaban. Entonces la poliomielitis que la hacía esconder su pierna derecha detrás de la izquierda cada vez que le sacaban una foto pasó a segundo lugar porque el terrible accidente la dejó muy malherida. Paloma, su amiga imaginaria nunca la abandonó, Frida la había elegido bien, se sentaba al lado de su cama y le decía que no se apurara, que toda la gente hace un montón de movimientos inútiles, que ella tenía alas para volar y que ella, Paloma, la sacaría de la cama para echarla al viento.

Prendida de sus labios, Frida la escuchaba ávida mientras que Paloma le aseguraba: “Tú eres una mujer fuerte. Tú aguantas un piano.”





Frida quería estudiar medicina pero la fractura de su columna lo impidió y en la cama se propuso juntar sus huesitos rotos, sus vértebras, sus peronés, sus tibias a través de la pintura. Pintó a sus hermanas, a sus amigas, a sí misma con sus animales y se dio cuenta de que, más que Diego, la salvaría meterse a fondo en lo que hacía. Cada pinceladita que hacía con mucho cuidado, exactita, pensando en no salirse de la raya exigía su concentración. Y al concentrarse olvidaba su dolor para levantar su propia vida de opositora a la muerte, de disidente, de inconforme, de contestataria. Paloma la alentaba: “Ándale, van a aumentar todas tus fuerzas” y Frida se enojaba: “¿Cómo? ¿Con la columna rota?” “No, con las de tu espíritu.” “Si no estuvieras ‘clavada de claveles’ en la cama no pintarías como lo haces. Me lo dijo el poeta Carlos Pellicer.”

“Hoy es el 13 de julio de 1953 y te voy a llevar conmigo”, le avisó Paloma una mañana y se asomó por la ventana para ver las condiciones del cielo. “¡Qué bueno, hace algo de viento, vamos a poder elevarnos con facilidad. Primero, voy a ponerme yo las alas y luego te las pongo a ti, como ordenan en Aeroméxico. Tú te paras en el quicio de la ventana y yo te doy la mano y las dos nos lanzamos!”

Frida moqueaba. Su llanto era tan fuerte como ella. Escondía su boca con sus dedos cubiertos de anillos.

—No llores, ya nos vamos, todas tus vértebras van a regresar a tu columna, la pierna que te cortaron también, te van a crecer flores en la cabeza, los fetos que perdiste van a volverse hijos de carne y hueso y cuando sean grandes te darán el brazo y tus hijas trenzarán tu cabello con lanas de colores. Millones y millones de estrellas van a acompañarte. Déjate llevar, relájate, agarra la onda, es otra dimensión, vas a salir del tiempo.

Los habitantes de Coyoacán todavía recuerdan como vieron a dos mujeres tomadas de la mano pasar por encima de la calle de Francisco Sosa y las casas del Indio Fernández, Dolores del Río, Guillermo Haro, Salvador Novo y la cantante Elvira Ríos, la mansión colonial de naranjos centenarios y muros ocres en la que murió Octavio Paz.

Tres globeros las observaron sobrevolar despacito la torre de catedral y el Jardín Hidalgo, rodear su kiosco de aleteos, pedirles a los dos coyotes de bronce que se fueran con ellas, alcanzar al Señor de las Misericordias y finalmente desaparecer detrás de una nube tan protuberante y acogedora como la inmensa barriga del pintor y cuentero Diego Rivera.

FIN



Para comentar la lectura

De la experiencia de la lectura brotan nuevas inquietudes, ideas e interés por temas distintos. Su propósito es abrir una puerta al conocimiento, pero también ser un espacio de entretenimiento, disfrute y convivencia.

Así, una vez que compartieron las lecturas, reconocieron personajes, historias y objetos, y quizá se detuvieron especialmente en un detalle que captó su atención, a continuación les sugerimos algunas preguntas que serán útiles para continuar los comentarios sobre las lecturas. Estas preguntas y muchas otras, tantas como su imaginación proponga, les permitirán dialogar, enriquecer su lectura, atender a otros temas que tal vez en un principio pasaron desapercibidos y reafirmar aquellos que les eran familiares.

<i>Todos los que quieres ser</i> (p. 10) Cristina Rivera-Garza	¿Cómo imaginas que sería intercambiar la personalidad con algún integrante de tu familia? ¿Por qué no le gustó a la protagonista vivir la vida de su hermano?
<i>La máquina del tiempo</i> (p. 16) Rosa Beltrán	¿Qué te gustaría recuperar si existiera la máquina de cosas perdidos? ¿Por qué la máquina a la larga no funcionó? ¿Por qué el pueblo decidió destruir la máquina?
<i>Consuelo y la muñeca de cera</i> (p. 20) Beatriz Espejo	¿Por qué le gustaba a Consuelo viajar a Puebla? ¿Qué era lo que más le gustaba a Consuelo del mercado de Puebla? ¿Por qué? ¿Qué le pasó a la muñeca de Consuelo cuando regresó a su casa? ¿Cómo lo arregló?
<i>El Día del Poeta</i> (p. 26) Carmina Narro	¿De dónde provenía la belleza que percibía el narrador? ¿Qué había dentro del narrador que lo hacía único? ¿Cómo se puede ir de un lugar a otro sin moverse de lugar?
<i>Los caballeros bondojitos</i> (p. 28) Carmen Boullosa	¿Qué significa para ti ser un caballero? ¿Cómo son tus sueños? ¿Por qué los llaman los caballeros bondojitos?
<i>El día de campo</i> (p. 34) Elsa Cross	¿Qué hizo la familia en el día de campo? ¿Por qué las niñas estuvieron en peligro? ¿Qué cosas positivas se narran en la historia?
<i>Noé y el diluvio</i> (p. 42) Luis Mario Moncada	¿Por qué Noé quería que lloviera muy fuerte? ¿Qué vieron Noé y su familia al día siguiente de la lluvia? ¿Qué le pasó a la escuela de Noé después de la lluvia torrencial?
<i>El pasillo de las puertas cerradas</i> (p. 48) Laura Martínez Belli	¿Qué significa teletransportarse? ¿Has vivido alguna aventura que te gustaría compartir?, ¿de qué trató? ¿Si pudieras teletransportarte, adónde irías?
<i>Silvio y la importancia de jugar, aunque no se gane</i> (p. 54) Pedro Ángel Palou García	¿Por qué Silvio se sentía como si fuese invisible? ¿Qué cosas extrañas sucedieron? ¿Para ti qué significa la afirmación: "la importancia de jugar, aunque no se gane"?
<i>El Micho</i> (p. 60) Elsa Cross	¿Qué idearon Ana y Esteban para que la mamá de Ana aceptara el gato en la casa? ¿Qué hubieras hecho tú para lograr que el gato se quedara en la casa?



<p><i>Una amistad virtual</i> (p. 66) Laura Martínez Belli</p>	<p>¿Con quién hizo Alonso amistad virtual? ¿Cómo te imaginas el entorno virtual de la computadora? ¿Por qué le pidió Dorita a Alonso que la llevara con él al mundo real?</p>
<p><i>El amanecer de Andrés</i> (p. 72) Carmina Narro</p>	<p>¿Cómo se sentía Andrés por haber robado la linterna? ¿Por qué le platicó Andrés a su papá que había robado la linterna? ¿Qué puede pasar cuando alguien roba algo?</p>
<p><i>El cucú y la tsetsé</i> (p. 83) Ignacio Padilla</p>	<p>¿Quién es el cucú? ¿Cómo es la mosca tsetsé y cómo llegó a la torre? ¿Qué pasó en la torre entre la mosca tsetsé y el cucú?</p>
<p><i>La amiga de Frida Kahlo</i> (p. 88) Elena Poniatowska</p>	<p>¿Qué cosas le gustaba hacer a Frida para pasar sus días ? ¿Qué pinturas de Frida Kahlo has visto? Visita la casa museo de Frida Kahlo en <www.museofridakahlo.org.mx>.</p>



Acerca de los autores

Cada uno de los autores de tu *Libro de lecturas* ha puesto su imaginación y talento para que logres entrar a esos anhelados mundos de aventura, diversión y fantasía. Gracias a los textos que escribieron pensando en ti, podrás conservar, ampliar o alimentar tu gusto por la lectura. ¡Te invitamos a conocerlos!

Beatriz Espejo. Originaria de Veracruz, es maestra y doctora en Letras Hispánicas por la UNAM. Fundó y dirigió la revista *El rehilete* (1961-1971). Ha sido conferencista en diversas ciudades del país y del extranjero. Su primera colección de textos breves *La otra hermana* (1958) apareció como el número 1 de los ya célebres Cuadernos del Unicornio que editaba Juan José Arreola. Posteriormente escribió *Biografía de Leonardo Da Vinci* (1967), por encargo de José Revueltas. Es investigadora de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Filológicas y maestra de posgrado y licenciatura en la UNAM. Recibió el Premio Universidad Nacional en el rubro de Excelencia Artística y Difusión de la Cultura (2008), la Medalla Bellas Artes (2009), la Medalla Jaime Sabines (2011).

Carmen Boullosa. Escritora originaria de la Ciudad de México. Ha sido profesora visitante de la Universidad de Georgetown, de Columbia University, Cátedra Andrés Bello en NYU, Cátedra Alfonso Reyes de la Sorbona, y parte del cuerpo académico de City College, en CUNY. Entre sus textos dramáticos se encuentran: *Vacío* (1979), *Trece señoritas* (1983) y *Cocinar hombres* (1984). También ha publicado poesía: *La salvaja* (1989), *La delirios* (2000) y *Salto de mantarraya* (2002). Asimismo, ha escrito novela: *Antes* (1989), *Son vacas, somos puercos* (1991), *Duerme* (1994), *La otra mano de Lepanto* (2005) y *El complot de los románticos* (2008), entre otras. En 1989 recibió el Premio Xavier Villaurrutia, y en 2008 el Premio de Novela Café Gijón.

Carmina Narro. Dramaturga, directora de escena, cuentista y guionista. Nació en Sinaloa, México. Egresada del Núcleo de Estudios Teatrales (NET) con Héctor Mendoza. Estudió dramaturgia en el taller de Hugo Argüelles, análisis teatral con Vicente Leñero y dirección de escena con Juan José Gurrola, de quien fue asistente de dirección. A los veintidós años dirigió y escribió su primera obra: *Recuerdos de Bruces*, con el que ganó el premio Salvador Novo de la UCCT, en 1992. Obtuvo el premio Bravo a la mejor comedia del año, en 1996, por su obra *Credencial de escritor*. En 2005, estrenó en Nueva York el libreto de su ópera *Loveless (La ópera del desamor)* con música de Jorge Sosa, y su obra *Round de sombras* con actores del Actors Studio y músicos del Mannes College of Music de la New School University.



Cristina Rivera-Garza. Narradora, poeta e historiadora nacida en Matamoros, Tamaulipas. Estudió Sociología en la UNAM y se doctoró en Historia Latinoamericana por la Universidad de Houston. Sus investigaciones de corte histórico sobre las definiciones populares de la locura y la historia de la psiquiatría en México a inicios del siglo XX han aparecido en las revistas: *Hispanic American Historical Review* y *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*. Actualmente, es profesora de Escritura Creativa en el Departamento de Literatura de la Universidad de California en San Diego y pertenece al Sistema Nacional de Creadores Artísticos desde 2007.

Elena Poniatowska. Periodista y narradora, nacida en París, Francia, el 19 de mayo de 1933. Radica en México desde 1942. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores, de 1957 a 1958; ingresó al Sistema Nacional de Creadores Artísticos, como creador emérito, en 1994. Su carrera se inició en el ejercicio del periodismo y ha publicado una obra muy amplia que incluye varios géneros. Entre sus textos destacan: las novelas *Hasta no verte, Jesús mío* (1969), *Querido Diego, te abraza Quiela* (1978), *La flor de Lis* (1988), *Tinísima* (1992) y *La piel del cielo* (2001); los ensayos: *Todo empezó el domingo* (1963), *La noche de Tlaltelolco* (1971), *Gaby Brimmer* (testimonio, 1979), *Fuerte es el silencio* (1980), *El último guajolote* (1982), *¡Ay vida, no me mereces!* (1985), *Nada, nadie. Las voces del temblor* (1988), *Juchitán de las mujeres* (testimonio, 1989); las colecciones de cuentos: *Lilus Kikus* (1954), *De noche vienes* (1979), *Métase mi prieta entre el durmiente y el silbatazo* (1982) y los libros de entrevistas: *Palabras cruzadas* (1961), *Domingo 7* (1982), *Todo México* (1990) y *Todo México*, vol. II (1994). Fue la primera mujer que recibió el Premio Nacional de Periodismo en 1978. Entre los premios más recientes que ha recibido se encuentran: Premio Alfaguara de Novela 2001, por *La piel del cielo*; Premio Rómulo Gallegos, por *El tren pasa primero* (2007); y el Biblioteca Breve-Seix Barral por *Leonora* (2011).

Elsa Cross. Poeta mexicana nacida en 1946. Tiene maestría y doctorado en Filosofía por la UNAM, donde es profesora titular de Filosofía de la religión, además es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Ha publicado veintidós libros de poemas. Los más recientes son: *El vino de las cosas* (2005), *Bomarzo* (2009) y *Nadir* (2010). También es autora de los libros para niños *El himno de las ranas* (1992) y *Tía Chita y Jerónimo* (2006). Entre los premios que ha recibido se encuentran: Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1989), Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines (1992), Premio Xavier Villaurrutia (2007) y Premio Roger Caillois para autores latinoamericanos (París, 2010).



Ignacio Padilla. Narrador, dramaturgo, diplomático y ensayista. Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana, maestro en Letras Inglesas por la Universidad de Edimburgo y doctor en Filología Española por la Universidad de Salamanca. Su obra para niños incluye *Las tormentas del mar embotellado* (Premio Juan de la Cabada 1994), *Los papeles del dragón típico*, *Por un tornillo* y *Todos los osos son zurdos*. En 2008 obtuvo el Premio Nacional de Obra de Teatro para Niños, por *La maquinota*. Actualmente es profesor en la Universidad Iberoamericana, e investiga temas como animismo, semiótica, escatología, entre otros.

Laura Martínez Belli. Originaria de España. Estudió Ciencias de la Información e Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. En 1995 se trasladó a México donde continuó sus estudios en la Universidad Iberoamericana. En 1998 regresó a España y colaboró en instituciones dedicadas a la protección del patrimonio artístico, hasta que en 2004 volvió a México, donde estableció su residencia. En 2007 publicó su primera novela titulada *Por si no te vuelvo a ver*, a la que le siguió *El ladrón de cálices* que se convirtió en un éxito de ventas.

Luis Mario Moncada Gil. Actor, escritor dramático, investigador y docente originario de Hermosillo, Sonora. Egresado con mención honorífica de la licenciatura en Literatura Dramática y Teatro de la UNAM. Como actor ha participado en *Los negros pájaros del adiós* (1999), *Hans Quehans, las opiniones de un payaso* (2000) y más recientemente *Mamut o la prehistoria del sexo* (2009). Ha sido titular del Centro Nacional de Investigación Teatral “Rodolfo Usigli” (Citru), de la Dirección de Teatro y Danza de la UNAM; coordinador del Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y durante siete años fue director del Centro Cultural Helénico.

Pedro Ángel Palou García. Escritor mexicano nacido en la ciudad de Puebla. Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica y maestro en Ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán. Es autor de novelas, ensayos literarios, crónicas históricas, y se le reconoce como miembro de la “generación del crack”, junto con Ignacio Padilla y Jorge Volpi. Algunos de sus libros son: *Con la muerte en los puños*, *Quien dice sombra*, *Zapata* (2006), *Morelos: morir es nada* (2007), *Pobre Patria Mía*, *La profundidad de la piel* (2010).



Rosa Beltrán. Novelista, cuentista y ensayista originaria de la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y el doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de California. Actualmente es titular de la Dirección de Literatura de la UNAM. Entre su obra destacan: *La espera* (1986), *Optimistas* (2006) y *Amores que matan* (2008). En 1995 recibió el premio Planeta-Joaquín Mortiz de Novela por *La corte de los ilusos*, y en 2011 obtuvo el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM.

¿Qué opinas de tu libro?

Anota una palomita (✓) en el cuadro que corresponda a tu preferencia.

	Mucho	Regular	Poco
Me gusta mi libro	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Entendí las lecturas	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Me gustan las imágenes que aparecen en el libro	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Escribe los títulos de los tres textos que más te hayan gustado.

Escribe los títulos de los tres textos que no te hayan gustado.

¡Gracias por tu participación!



SEP

**DIRECCIÓN GENERAL DE MATERIALES
EDUCATIVOS**

Dirección de Desarrollo e Innovación de Materiales Educativos
Viaducto Río de la Piedad 507, cuarto piso,
Granjas México, Iztacalco,
08400, México, D. F.

Datos generales

Entidad: _____

Escuela: _____

Turno: Matutino ☐ Vespertino ☐ Escuela de tiempo completo ☐

Nombre del alumno: _____

Domicilio del alumno: _____

Grado: _____

Referencias iconográficas

Para la publicación de este *Libro de lecturas. Quinto grado* de primaria, decidimos recurrir a la obra de litógrafos y grabadores para dar a conocer a las nuevas generaciones las técnicas utilizadas en este tipo de propuesta plástica. Las obras aquí publicadas están protegidas por las leyes de derechos de autor y su reproducción en este libro ha sido con fines educativos.

Busch, Wilhem, *Sammlung mit Max und Moritz*, Brawn & Sneider, Múnich.

Catálogo ilustrado de ferretería, México, sin datos.

Consolidated Dental Manufacturing Company. Illustrated and Descriptive Catalogue, Nueva York, Consolidated Dental Manufacturing Company, 1899.

Enciclopedia Ilustrada Seguí. Diccionario Universal, Barcelona, Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí, 3 tomos, 1943.

Estrin, Michael, *2,000 Designs. Forms and Ornaments*, Nueva York, WM Penn Publishing, 1947.

Figuier, Louis, *Le Savant du Foyer. Ou Notions Scientifiques Sur les Objects Usuels de la Vie*, París, Librairie de L. Hachette et Cie, 1864.

George, Ross F., *Arte de hacer carteles a pluma o pincel*, Pensilvania, Hunt Pen Company, 1952.

Grabado de la primera imprenta en México, 1534 (primera en el continente americano), © Other Images.

Guptill, Arthur L., *Drawing Whith Pen and Ink and a Word Concerning the Brush*, Nueva York, The Pencil Points Press, 1930.

Handbook of Designs and Motif, Nueva York, Tudor Publishing Company, 1950.

Harter, Jim, *Animal. 1914 Copyright-Free Illustrations*, Nueva York, Dover Publications, 1979.

Harter, Jim, *Hands. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Men. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1980.

Harter, Jim, *Women. A Pictorial Archive from Nineteenth-Century Sources*, Nueva York, Dover Publications, 1982.

La sagrada biblia, trad. de D. Felipe Scio, Barcelona, Grande establecimiento tipográfico editorial de Ramón Molinas, 2 tomos, 1865.

Lehner, Ernst, *Symbols, Signs and Signets*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

Mendenhall, John, *Scan this Book Two*, Nueva York, Art Direction Book Company, 1996.

Nessbitt, Alexander, *200 Decoratives Title-Pages. An Anthology of Copyright-Free Illustrations for Artists and Desingners*, Nueva York, Dover Publications, 1992.

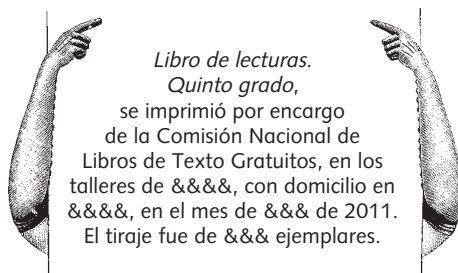
Olian, Joanne, *Children's Fashions 1860-1912. Designs from "La Mode Illustrée"*, Nueva York, Dover Publications, 1944.

Quinn, Gerard, *The Clip Art Book*, Nueva York, Crescent Book, 1990.

Saunders, J. B. de C. M. y Charles D. O'Malley, *The Illustrations from the Works of Andreas Versalius of Brussels*, Nueva York, Dover Publications, 1950.

The Defiance Machine Works, Catalogue 194, Ohio, Defiance, 1850.

Webster's New International Dictionary, 2a. ed., Springfield, Merriam Company Publishers, 1953.



*Libro de lecturas.
Quinto grado,*
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de
Libros de Texto Gratuitos, en los
talleres de &&&&, con domicilio en
&&&&, en el mes de &&& de 2011.
El tiraje fue de &&& ejemplares.

